

Una guerra sobre otra guerra

En enero pasado sacábamos un número de Etcétera analizando la crisis del Capital en relación con los acontecimientos en torno al Golfo Pérsico. Hoy, en este número añadimos datos al mismo análisis. Pero entre los dos números ha tenido lugar una guerra de una dimensión importante.

Cierto que en la actual sociedad capitalista siempre estamos en guerra: más allá de los conflictos bélicos que continuamente y en número importante (hoy más de cuarenta) se suceden, hay una guerra social cotidiana y subterránea que Estado y Capital nos tienen declarada y que sale a la superficie con manifestaciones muy variadas; guerra que a lo largo de nuestra Correspondencia intentamos comprender y narrar, producto y constatación de la inviabilidad de un sistema contradictorio que en sus distintas instancias hemos intentado analizar y del que hemos dado repetidamente las razones de nuestro rechazo.

Pero la guerra del Golfo, aunque inscrita en este decurso, ha representado para nosotros una fuerte sacudida que no podemos dejar de anotar. Cansados quizás de tanto esperar la extensión de aquel rechazo, sentimos cada vez como mayor la distancia entre nuestro deseo y su realización, entre un acontecer que creemos posible y distinto y lo que hay. Y quizás este sentimiento jugó a la hora de nuestras expectativas, aunque no engaño (no es que apostáramos por una de las dos partes, sabíamos que se trataba de una guerra de ellos contra nosotros, sabíamos del islamismo como ideología al servicio del poder y que sólo contra este poder de los gobiernos árabes o islámicos puede tener solución la cuestión palestina o la cuestión judía...), apostando por una mayor o más visible agudización de las contradicciones en juego (Islam, URSS, Europa, Japón, USA...) que hicieran más difícil la instalación del nuevo orden internacional, apostando por una mayor avivación de nuestras contradicciones locales en Barcelona que incrementara el nivel de la contestación. Podían haberse intensificado las contradicciones hacia una salida distinta que hiciera más difícil este nuevo orden, pero vemos que es lo otro lo que a primera vista se impone; una vuelta de tuerca más en nuestra dominación. Las contradicciones se han intensificado pero el capital las reconduce. Es una larga historia de nuestra experiencia, en repetidas ocasiones nos ha pasado lo mismo: por ejemplo en Polonia en el 80 había otra salida que la de Walesa al poder y la construcción de 500.000 empresas privadas; en España en el 74 había otra salida que la que conocemos; en la URSS cabe otra salida que la entente Yelstin-Gorbachov-Bush y el reforzamiento de la explotación capitalista.

Apostamos e invertimos en pasión, emoción, discusiones... queriendo incidir más en un movimiento de rechazo de la guerra y de la paz capitalistas. Y ahora, como en la resaca, sin desmentir ni el análisis ni la apuesta, nos invade el escalofrío y la tristeza, quizás más debilitados emocionalmente para hacer frente al nuevo orden internacional –la continuación y la agravación del desorden de siempre– y al reforzamiento de la ideología que cada vez con más arrogancia y nitidez se impone y que se resume en: no puede haber riqueza sin mercado, ni mercado sin democracia. Justo lo inverso de lo que nosotros pensamos: que no puede haber riqueza mientras haya dinero, «mientras haya dinero jamás habrá bastante para todo el mundo»; quizás sintiendo mayor la impotencia de intervenir en un mundo cada vez más mediático, en el que la realidad es cada vez más efímera, interesada creación de los media. Esta guerra ha representado en este sentido un paso decisivo para los media

como laboratorio para, pudiendo hacer pasar lo falso como real, poner a prueba su capacidad de engaño sin fisuras.

Pero sabemos que la realidad, lo que hay, puede ser otra, puede ser distinta, y podemos explicarnos por qué es así. Continuamos el análisis para comprender mejor el panorama que nos viene una vez los aliados vuelvan a ser concurrentes, exacerbada la competencia entre USA y Europa y Japón... A ello aportamos CUANDO LOS CRUZADOS Y ASESINOS SE UNEN ¡CUIDADO! (artículo del grupo de Boston Midnight Notes, del que en *Etcétera* nº 4 habíamos publicado «Presencia y realidad de la crisis») y LOS SUPERHOMBRES y LOS COCODRILOS (aparecido en *L'Autre Journal* nº 10 del mes de marzo, revista en general de información cultural de tono humanista que en su nº 9 publicó un conjunto de artículos sobre la guerra), dos artículos que destacan dos as-

pectos que creemos importantes anotar: en el primero la importancia del proletariado del petróleo en las razones de la guerra del Golfo, y en el segundo artículo este sentimiento que de alguna manera hemos esbozado en el inicio. UNA GUERRA ESTA TAPANDO OTRA, análisis global más en la línea de nuestras interpretaciones, igual que los dos textos LOS EMBITES DE LA GUERRA DEL GOLFO y ENSAYOS SOBRE LA GUERRA DEL GOLFO, que en HEMOS RECIBIDO anotamos, y las cartas que en la CORRESPONDENCIA recogemos. Sobre aspectos de la guerra social publicamos LAS LUCHAS EN FRANCIA DURANTE 1990 y una reflexión que hacemos a partir de la huelga de los camioneros en el 90 en España, FORDISMO DISPERSO Y NUEVA ORGANIZACION DEL TRABAJO y que aportamos al debate.

Etcétera, junio 1991

CUANDO LOS CRUZADOS Y ASESINOS SE UNEN ¡CUIDADO!

Cuando los elefantes luchan, la hierba queda pisoteada. Cuando los elefantes hacen el amor, la hierba también queda pisoteada.

(Proverbio africano con un giro Trinitario)

Crece el movimiento de oposición al despliegue de las tropas estadounidenses en la región del Golfo Pérsico.

El colectivo *Midnight Notes* forma parte de este movimiento, pero discrepamos con la lectura que hacen muchos activistas de la estrategia actual del gobierno estadounidense. Tememos que muchos están disponiéndose a lidiar la última gran guerra, a saber, Vietnam. Cuestionamos las siguientes premisas, similares a las de la época de Vietnam, que guían las acciones de muchos miembros de nuestro movimiento:

1.- el despliegue de las tropas estadounidenses está dirigido en gran medida contra el régimen baasista de Saddam Hussein. 2.- los militares estadounidenses están preparando una guerra convencional a gran escala entre Estados Unidos y las tropas irakíes. Discrepamos de estos planteamientos y de las perspectivas que sugieren, pues no creemos que los gobiernos de Estados Unidos e Irak sean tan enemigos como sus respectivos propagandistas pretenden. Al contrario, las invasiones de Estados Unidos e Irak en agosto de 1990

están destinadas a lograr un objetivo compartido por los grupos dominantes del Irak de Saddam, los Estados Unidos de Bush, la URSS de Gorbachov y la Arabia Saudí de Fahd: el aumento del precio del petróleo (con la consiguiente reducción del salario real de los consumidores de productos derivados del petróleo) y la intimidación del proletariado productor de petróleo en todo el planeta.

Por consiguiente, la mejor manera de oponerse a la política y a las iniciativas actuales de Estados Unidos en el Golfo Pérsico consiste en luchar por la disminución del precio de la gasolina, del gasóleo de calefacción y de la electricidad en Estados Unidos, y exigir que las tropas de Estados Unidos vuelvan del Golfo y sean desmovilizadas.

I

Nada es verdad... todo está permitido.

(Hassan I Sabah, el «viejo de la Montaña», fundador de la secta de los Asesinos)

La aparición de dos ejércitos enfrentados dramáticamente en la frontera saudí-kuwaitiana parece reflejar unas diferencias irreconciliables entre los gobiernos de Estados Unidos e Irak. Pero las apariencias enga-

ñan. Durante las cruzadas, cuando los cristianos lanzaron su «yihad» (Guerra Santa) para arrebatar Jerusalén (y un gran botín) a los musulmanes, los jefes cristianos se aliaron con la secta islámica herética de los Asesinos, para deshacerse de otros correligionarios en sus juegos de poder. Los Asesinos exigían a los conversos que se prestaran a asesinar (la palabra tiene su origen en esta secta) a toda persona que designaran los dirigentes de la secta. Por ejemplo, Ricardo Corazón de León llamó a los Asesinos a que apuñalaran a Conrado, Lord de Tyre y Marqués de Monteferrat, y seguidamente falsificó una carta de Hassam I Sabah en la que declaraba su inocencia.

Si los cruzados y asesinos se confabularon en el pasado ¿acaso no es posible que los dirigentes de Estados Unidos e Irak hagan lo mismo en nuestros días? Veamos los hechos. Dos semanas antes de la invasión irakí, el ministro de Exteriores de Arabia Saudí, principal aliado de los Estados Unidos en la región, vino a decir que Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos no podían esperar protección militar alguna del Gobierno Saudí pues estaban violando los cupos de producción de petróleo establecidos por la OPEP, rebajando así el precio del crudo. El viernes antes de la invasión de Kuwait, el gobierno Bush estuvo presionando contra el intento del Senado y del Congreso de Estados Unidos de imponer sanciones económicas a Irak. Ahora se ha sabido que la embajadora estadounidense en Irak, April Glaspie, se reunió el 25 de julio con Saddam Hussein y dijo lo siguiente: «El Presidente desea personalmente ampliar y profundizar las relaciones con Irak... no nos incumben las diferencias inter-árabes, como su litigio fronterizo con Kuwait.» ¿Por qué esta comunión de ideas a finales de julio y la aparente división a comienzos de agosto?

Afirmamos que las invasiones de agosto estuvieron destinadas a lograr un objetivo común a los grupos dirigentes del Irak de Saddam, los Estados Unidos de Bush, la URSS de Gorbachov y la Arabia Saudí de Fahd: aumentar el precio del petróleo (y de la energía), e intimidar militarmente al proletariado productor de petróleo en todo el planeta, lo que constituye un requisito imprescindible para lograr el primer objetivo.

La unidad de criterios de los gobiernos de Irán, Irak y Arabia Saudí en torno a un aumento del precio del petróleo era de notoriedad pública en el verano de 1990. Fue la primera vez en una década que los tres principales países productores de la OPEP estaban de acuerdo en cuanto al precio. La motivación de esta nueva estrategia de precios figura en un informe elaborado por el Centro de Estudios Estratégicos Internacionales de Washington, encargado por el gobierno de Saddam Hussein a finales de 1989. Este informe se mantiene en secreto, pero Henry Schuler, el Director del Programa de Seguridad Energética del

Centro, dio una entrevista al periódico *Arab Oil and Gas Journal*, el primero de marzo de 1990, que al parecer se basa en aquél. En la entrevista, Schuler se muestra preocupado por la inestabilidad interna de la mayoría de los gobiernos del Golfo, incluido el régimen baasista de Saddam, y apuntó una solución. Dijo que los países árabes productores de petróleo podían obtener 24 ó 25 dólares por barril sin que los países consumidores se pusieran a buscar fuentes energéticas alternativas. Schuler preguntó: «¿Por qué dejar dinero en la mesa?» En efecto, añadió, si las naciones árabes no velaban por sus propios intereses empujando al alza el precio del petróleo, se verían confrontadas con un serio descontento popular. Sin embargo, esta estrategia no podía llevarse a cabo mediante simples manipulaciones del mercado, y exigiría algún cambio en el liderazgo de la OPEP. (Para más detalles sobre esta cuestión, véase el artículo de Helga Graham en el *Observer* de Londres del 21 de octubre de 1990). Desde entonces, el gobierno de Saddam Hussein ha seguido en gran medida esta política orientada desde Washington.

Los dos principales países productores de petróleo que no están en la OPEP, Estados Unidos y la U.R.R.S., también pretendían un incremento del precio del petróleo. La necesidad y oportunidad por parte de los soviéticos salta a la vista. Una vez sus «aliados» de Europa Oriental se han lanzado a las fauces del FMI y de la libertad, podía vender su petróleo en el mercado mundial y obtener así las divisas duras que necesita absolutamente para que sobreviva la perestroika. Es más, la industria petrolera soviética experimentaba una disminución de la producción.

Necesitaba nuevas inversiones que sólo podían proceder de capitalistas extranjeros, que contaran con el aval de un mayor precio del petróleo. Entre tanto, el gobierno de Estados Unidos estaba programando una recesión para reducir los salarios. ¿Qué método mejor para lograrlo que otra crisis del petróleo, provocada por un «loco» dirigente árabe? Además, necesitaba un choque inicial que recapitalizara al mismo tiempo las industrias energéticas y la región del Sudoeste de EEUU (las raíces de la catástrofe de las cajas de ahorros) y mantener el gasto militar.

El «choque» del precio del petróleo lo han fabricado muy inteligentemente mediante el bloqueo de Irak y el lento incremento de la producción por parte de los países exportadores. Pero las crisis petroleras del pasado fueron distintas de la de agosto de 1990. A la sazón, no hubo invasión de los lugares de producción. La crisis de 1973 utilizó la guerra de los seis días como estimulante, mientras que el choque de 1979 se apoyó en la revolución iraní. Esta vez, tropas irakíes, estadounidenses, francesas, británicas, sirias, egipcias (e incluso europeas orientales) se encuentran en las mismas bo-

cas de los pozos y lugares de carga del petróleo, inspeccionando los buques e interrogando a los trabajadores. ¿Por qué toda esta potencia de fuego para lograr un resultado que en el pasado alcanzaron manipulando un poquito los acontecimientos en los medios?

Esta militarización de la producción del petróleo es necesaria para sostener y controlar su precio, pues es preciso frenar las reivindicaciones del proletariado productor del petróleo, como revelan las revoluciones y convenios colectivos de los años 70 y de comienzos de los años 80. En esas décadas se vio que las plusvalías generadas por el aumento del precio del petróleo no beneficiaban tanto como era posible a los países exportadores, en un sentido capitalista. En vez de invertir los beneficios del petróleo en el sector energético y en la alta tecnología del capital mundial, esta plusvalía era utilizada demasiado a menudo para incrementar el nivel de vida del proletariado productor de petróleo. En este proletariado no sólo se incluyen a los trabajadores de los campos petrolíferos, sino al conjunto de la comunidad de obreros necesaria para la producción de aquellos trabajadores. Así, los obreros de la construcción egipcios, los camioneros palestinos, las enfermeras filipinas y las prostitutas de Sri Lanka forman parte del proletariado productor de petróleo en la región del Golfo.

Estos trabajadores extranjeros constituían un sector especialmente importante en Kuwait antes de la invasión, donde el 80% de la mano de obra del país estaba formada por inmigrantes (entre ellos, unos 400.000 palestinos). También desempeñaban un papel central en Irak, donde 1,5 millones de egipcios, 300.000 sudaneses y 200.000 inmigrantes de otros países representaban alrededor del 25% de la mano de obra. Al menos el 60% de los trabajadores de Arabia Saudí son extranjeros (entre ellos, más de 1.000.000 de yemeníes y 300.000 palestinos). El 90% de los trabajadores de los Emiratos Árabes Unidos también son extranjeros, procedentes principalmente de la India, Pakistán e Irán. En general, el proletariado productor de petróleo es transnacional, procedente a menudo de las zonas más pobres de Asia, África, América Latina y Oriente Medio. Pero controla un punto decisivo en el circuito de la producción capitalista. No en vano el petróleo sigue siendo la más básica de las mercancías (es decir, interviene directa o indirectamente en la producción de casi todas las mercancías, incluidos los alimentos, las viviendas y el vestido), y el carácter altamente tecnificado de su producción lo torna muy vulnerable a la insubordinación obrera.

La revolución iraní de 1979, en la que los trabajadores de los campos petrolíferos ocuparon los pozos y el proletariado urbano destruyó el régimen del Sha, puso al descubierto con toda claridad el peligro que representa el proletariado productor de petróleo para

el capital a escala mundial. Pero Irán no fue sino la expresión más espectacular del poder de los trabajadores del petróleo en los años 70 y a comienzos de los 80. Desde México hasta Nigeria e Indonesia, los «choques» del precio del petróleo planteaban expectativas que no podían ser controladas ni siquiera por los gobiernos más represivos, como mostró la caída del Sha. Había que sofocar estas expectativas. Esta es la razón del colapso de los precios que se inició en 1982 y del impago por parte de México de los préstamos garantizados por el petróleo, que dio comienzo a la crisis de la deuda. Con la llamada «superabundancia de petróleo», casi todos los países productores de petróleo aceptaron la política de austeridad del Fondo Monetario Internacional (FMI), que recortó drásticamente los salarios y las expectativas del proletariado productor de petróleo. Por ejemplo, las devaluaciones de las monedas de los países productores de petróleo, impuesta por el FMI, reducen inmediatamente los salarios de los trabajadores extranjeros, que han de cambiar su dinero en los bancos o en el mercado negro para realizar las transferencias a casa.

La tensión social de estos proletarios ha ido creciendo desde mediados de los años 60; saben que están produciendo la más básica de las mercancías, pero el mercado capitalista les cuenta que su producto carece prácticamente de valor (por ejemplo, en la primavera de 1986 el petróleo se vendía a menos de 10 dólares el barril (y en un barril caben 159 litros). Desde 1968, esta tensión ha producido explosiones en todo el mundo, en forma de disturbios e insurrecciones contra la política de austeridad del FMI y los distintos regímenes, por ejemplo:

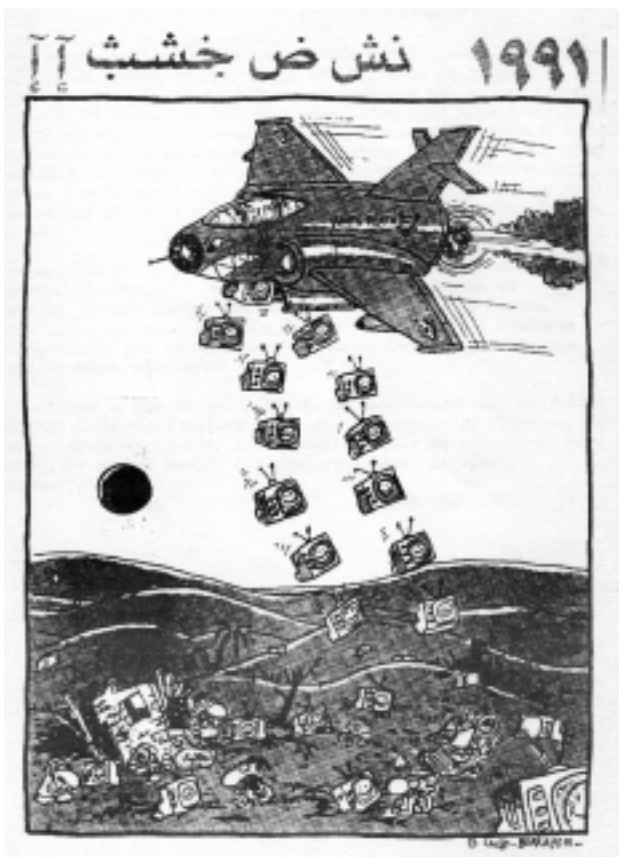
1988: Argelia, disturbios contra la política de austeridad; Palestina, la intifada; Nigeria, motines contra la política de austeridad del FMI.

1989: Jordania, disturbios contra la política de austeridad del FMI.

1990: Nigeria, intento de golpe de Estado del Ejército contra el FMI; Jordania, disturbios contra la austeridad; Venezuela, disturbios contra la austeridad dictada por el FMI y rumores de golpe.

Asimismo han crecido vertiginosamente los movimientos sociales de base islámica, como en Egipto, Argelia, Líbano, Palestina, Arabia Saudí, Kuwait y los Emiratos. A menudo los han tachado de «fundamentalistas», pero no constituyen un «retorno a la Edad Media» ni son simplemente una forma de patriarcado postmoderno. Estos movimientos sociales también son a menudo una forma de internacionalismo que combate la desigualdad de la distribución de los beneficios del petróleo, es decir, la capitalización de «lo que Alá ha dado, es para todos», proporcionando una base ideológica para el rechazo

de la política de austeridad del FMI (puesto que la usura sigue siendo un pecado para el Islam, como lo fue para el cristianismo).



Un punto culminante y síntesis de estas reacciones anti-FMI por parte del proletariado productor de petróleo fue la insurrección que se produjo en Trinidad el 27 de julio de 1990, una semana antes de la invasión de Kuwait por Irak. Aconteció al final de un periodo de inestabilidad política originada por la imposición por parte del gobierno de Trinidad de las recomendaciones del FMI en materia de política económica. Como siempre, esta política originó un paro masivo y una reducción de los salarios. En respuesta a ella, el 6 de marzo de 1989 tuvo lugar un «día de resistencia», de huelga general, para protestar contra los aumentos de precios y el desmantelamiento de los programas de bienestar social; los trabajadores de los campos petrolíferos se declararon en huelga por primera vez en 30 años, en setiembre de 1989; de mayo a julio de 1990 hubo huelgas intermitentes de los trabajadores de la sanidad. En medio de esta situación de alta tensión, la Jamaat al Muslimeen, una secta islámica de afrocaribeños, dio el golpe. Lanzaron una campaña de atentados con bombas contra el presidente de Trinidad y Tobago, Robinson y su gabinete, mientras el proletariado urbano expropiaba alimentos, vestidos y electrodomésticos de los almacenes centrales. La anticipación de una intervención estadounidense resultó decisiva, sin embargo, para derrotar la insurrección

del 1 de agosto. Al día siguiente, el gobierno militarizó su régimen. Pero tanto la franqueza del asalto como la sorprendente aparición de revolucionarios islámicos en una isla caribeña demostraban que el proletariado productor de petróleo había alcanzado el punto de máxima atención a escala mundial.

Las invasiones irakí y estadounidense de agosto de 1990 fueron una respuesta al significado de clase de la insurrección de Trinidad. Las armas a ambos lados de la frontera kuwaití están dirigidas contra los proletarios productores de petróleo y sus amigos, con el mensaje de que todo intento de utilizar el «choque» del precio del petróleo para incrementar sus salarios, su nivel de vida o su poder político, encontrarían una respuesta militar inmediata. Esta es la razón por la que el gobierno estadounidense tiene previsto que sus tropas permanezcan en Arabia Saudí en los próximos años. La intensidad del enfrentamiento con este proletariado ha forzado a la clase dominante de los países del Golfo a abandonar sus pretensiones «nacionalistas» y a aliarse, aunque a desgana, con Israel y los Estados Unidos, es decir, con las concreciones estatales del capital internacional. Este realineamiento ideológico de los Estados del Golfo se mantiene al menos dentro de la lógica de sus intereses. Desde el punto de vista económico ya estaban integrados en el capital internacional y se han desterritorializado. Por ejemplo, Kuwait tenía invertidos 100.000 millones de dólares en Europa y América del Norte, mientras que el 60% de sus 2.1 millones de habitantes son extranjeros. Es una plantación de petróleo, y punto.

Estos Estados han tenido que pedir a Estados Unidos que los ocupen para enviar un mensaje a los que trabajan en sus territorios y a sus países de procedencia: «el juego ha terminado» y esta vez no habrá «derroche» de dinero. El gigantesco éxodo de los trabajadores inmigrantes de Irak, Kuwait y las zonas vecinas demuestra de forma espectacular la «vulnerabilidad» del proletariado productor de petróleo. Este éxodo ocupará un lugar importante en todos los planteamientos futuros en torno a los salarios en las regiones petroleras. Los trabajadores que cruzan la frontera entre Irak y Jordania y mueren en los «campos de refugiados» cerca de Amman no son refugiados, sino el producto de un gigantesco despido. Han experimentado en su propia piel una nueva versión de los «nuevos cercados», la expropiación a escala mundial de la tierra y las garantías sociales de los trabajadores en los años 80, destinada a frenar sus demandas cuando vuelvan a las zonas de producción de petróleo.

Por consiguiente, las invasiones son esenciales para controlar los precios del petróleo y asegurar un incremento sostenido de los mismos. Únicamente evitando de forma contundente que el proletariado produc-

tor de petróleo tenga una mayor parte en la nueva renta incrementada del petróleo, liberando de este modo los petrodólares para la producción capitalista, es posible mantener el precio y los beneficios del petróleo. Las armas acumuladas alrededor de los pozos, estaciones de bombeo, refinerías y tanques de almacenamiento se han convertido ahora en una parte directa del coste de la producción petrolífera. Hablar del papel «mercenario» de los «cruzados» norteamericanos es bastante correcto. Son algo así como los Pinkertons del petróleo de finales de siglo XX, mientras que la amenaza de los «asesinos» irakíes sirve para justificar y reforzar la presencia de Estados Unidos.

Esto no quiere decir que los regímenes de Bush y Saddam estén en perfecta armonía. Mantienen una serie de diferencias importantes, aunque solucionables. En primer lugar, tanto Bush como Saddam están de acuerdo en que debería aumentar el precio del petróleo, aunque el gobierno estadounidense no desea que los irakíes controlen el precio. Este ha sido el papel del gobierno de Arabia Saudí, que dicta el precio en la OPEP, un país cuya clase dominante tiene invertidos más de un billón de dólares en Estados Unidos, Europa y Japón. Los saudíes han fijado el precio del petróleo según los intereses del capital mundial, y Saddam Hussein no parece tan manejable. En segundo lugar, el gobierno de Saddam ha utilizado la invasión de Kuwait para cometer un crimen inenarrable contra el capital (de hecho, esto apenas ha sido ventilado por la prensa en todas sus diatribas): ha cancelado unilateralmente 100.000 millones de dólares de deuda extranjera. Esto es un antecedente muy molesto, que recuerda a la cancelación por parte de los nazis de las deudas de Alemania y despierta el temor a un futuro rechazo combativo, incluso de carácter militar, por parte del tercer mundo a la deuda extranjera en la próxima recesión. Aparte de ello, los fondos se echarán en falta en las cajas fuertes de los bancos estadounidenses que conocen dificultades crecientes.

Estas diferencias en torno al control de los precios del petróleo y la política de la deuda son negociables, aunque el proceso de negociación pudiera incluir también el empleo marginal de la fuerza militar. Sin embargo, los cruzados de Estados Unidos no están en la península arábiga para librar una guerra convencional a gran escala con los asesinos irakíes, como se nos plantea a menudo. Las tropas estadounidenses no están allí para combatir a los soldados de un gobierno que hace el juego al capital colectivo. Un juego que el régimen de Saddam Hussein ha demostrado estar perfectamente dispuesto y capaz para jugar. Esta invasión estadounidense del Golfo Pérsico, por tanto, no se parece a la guerra de Vietnam, a donde fueron enviados los militares estadounidenses para aplastar un movimiento revolucionario armado directamente

anticapitalista. Se parece más a la ocupación de Europa Occidental por parte de Estados Unidos al término de la II Guerra Mundial, cuya función principal no consistía en combatir una invasión soviética, sino más bien en reprimir el ascenso de toda fuerza revolucionaria dentro de la propia Europa Occidental.

El rápido despliegue de centenares de miles de soldados, con un amplio aparato de especialistas logísticos, en concentraciones militarmente avanzadas, revela la preparación de bases permanentes en Arabia Saudí, antes que una invasión de Kuwait e Irak. No es casualidad que las principales bajas de esta invasión se han producido hasta ahora entre los trabajadores extranjeros expulsados o se han debido a accidentes de tipo «laboral» de las tropas estadounidenses. Ocurre que están utilizando a las tropas estadounidenses de «esquirolas» en la construcción de la infraestructura de la ocupación del Golfo, pues existe una gran preocupación oficial en torno a las consecuencias de juntar las tropas estadounidenses con los trabajadores del Golfo. En efecto, la rapidez del despliegue revela que las tropas estadounidenses no sólo son «esquirolas» sino también «rehenes», pues su presencia en la Península arábiga proporcionará a su vez al gobierno de Bush las razones militares para proteger esta fuerza expuesta.

II

«Ya había centenares de personas en la patria árabe que debido a la ignorancia adoptaron el punto de vista nazi incluso antes de la emergencia del nazismo».

Michel Aflaq, Fi Sabil. (1955)

El análisis que hemos hecho de las relaciones de clase y las razones que rodean a las invasiones de agosto reflejan que existe una unidad funcional entre los gobiernos baasista y republicano de Saddam y Bush, con evidentes consecuencias políticas para los anticapitalistas. Pero está la ecuación Saddam = Hitler, que merece un comentario. Porque cuando aparece el nombre de Hitler, se paraliza todo pensamiento político. Hitler parece ser el Viejo de la Montaña del siglo XX, que congela la razón en una mezcla de terror y fascinación. Pero a medianoche, los terrores del día adoptan un carácter más tópico.

Veamos en primer lugar la ecuación: ¿es Saddam un Hitler árabe? Sin duda, el partido Baas (=acción, movimiento, resurgimiento, renacimiento) es una forma de socialismo nacional. Pretende redefinir la esencia de una nación árabe que alcanza desde Marruecos hasta Irak; por consiguiente, considera temporales

todas las fronteras posteriores a la caída del Imperio Otomano. Es cierto que Aflaq, uno de los fundadores del baasismo en los años 40, rechazó su identificación con el nazismo árabe, pero en sus pronunciamientos no se pone en duda la primacía de la raza árabe en la cuestión nacional. El socialismo baasista es también parecido al nacionalismo de Hitler, es decir, una forma de capitalismo de Estado en que los derechos de propiedad son «derechos naturales... protegidos dentro de los límites del interés nacional» (artículo 34 de la Constitución baasista). No cabe duda que los logros del partido baasista irakí, que tomó el poder en 1966, no han comportado una disminución importante de las diferencias sociales, mientras que ha controlado el aumento de los salarios reales mediante la importación de trabajadores extranjeros. Incluso en los pronunciamientos de Saddam, el socialismo baasista apenas puede calificarse de anticapitalista, y mucho menos en su práctica. Esta es por ejemplo una definición del «socialismo» que propuso hace una década: «Socialismo no significa la distribución igualitaria de la riqueza entre los pobres y los ricos explotadores; esto sería demasiado inflexible. El socialismo es un medio para incrementar y mejorar la productividad.»

Si a este planteamiento ideológico añadimos lo siguiente:

- Los ataques con armas químicas a los autonomistas kurdos.
 - Las ejecuciones en masa de comunistas y fundamentalistas islámicos.
 - El trato brutal de los trabajadores extranjeros, que comporta por lo menos la muerte de 1000 trabajadores egipcios por año.
 - La masacre maquiavélica de militantes baasistas en las cámaras del poder,
- obtendremos una imagen de Saddam Hussein como dirigente de un partido fascista. ¿Pero Hitler? formalmente, quizá; pero por tamaño, es dudoso. Las figuras del siglo XX que más pueden compararse a los baasistas de Saddam son los dirigentes del sionismo nacional socialista, como Begin y Sharon. Al igual que ocurre con los fascistas israelíes, Saddam Hussein no podría haber causado ningún impacto sin el apoyo del capitalismo internacional. Y al igual que los sionistas ha contado con él. Su fascismo árabe divide a los árabes de los no árabes entre el proletariado productor de petróleo. El baasismo ofrece una alternativa al planteamiento internacionalista de determinados fundamentalistas islámicos, desde Indonesia hasta el Caribe, que proyectan una visión ética de una hermandad no estatalista, con garantías de bienestar y redistribución de riquezas. El partido baasista de Saddam actúa en el Golfo Pérsico y el Norte de África

de la misma manera que los nazis organizaban el pangermanismo, reclutando a la mitad de la clase obrera europea para matar a la otra mitad con la connivencia del capital internacional. Su éxito podía eliminar a los árabes, del mismo modo que los sionistas han eliminado en gran medida a los judíos de las filas del anticapitalismo proletario. Los capitalistas apuestan a que el Irak baasista —que combatió a un país tres veces más grande durante una década— es la única fuerza que puede ayudar a Estados Unidos a disciplinar y confundir a la peligrosa fuerza obrera del Golfo.

III

«Los hombres rezan por el mal como rezan por el bien; porque los hombres son imprudentes».

Sura XVII (el viaje nocturno), Corán

Si de acuerdo con la propaganda estadounidense Saddam Hussein y los baasistas irakíes son el Hitler y los nazis de los años 90, nada más oportuno que la alianza de EE.UU. la U.R.S.S. y la mayoría de los demás «aliados» se produzca bajo la égida de ese producto que es de la política antifascista de la II Guerra Mundial, las Naciones Unidas. Algunos tienen una memoria tan indulgente de los días en que el Ejército Rojo y los G. I. estadounidenses lucharon juntos para defender al mundo de la «barbarie», que depositan grandes esperanzas en el nuevo frente unido que se forma en el desierto arábigo para defender la soberanía nacional de los Estados más débiles. «Quizás», susurran con el brillo en los ojos, «esta sea la primera señal de que se está formando un gobierno mundial una vez terminada la guerra fría». Pero del mismo modo que la palabra «Hitler» bloquea todo pensamiento en este siglo, la noción de un gobierno mundial le da un giro alucinante. Antes de perder nuestros estribos, sin embargo, veamos la realidad de la acción de las Naciones Unidas en general y el papel particular que desempeña en la crisis de Kuwait.

Las Naciones Unidas constituyen la asociación de los países capitalistas. No representa al proletariado mundial, ni es la primera asociación mundial de los Estados. A lo largo de la historia del capitalismo ha habido momentos en que los Estados capitalistas se han unido para organizar las normas básicas de funcionamiento del mercado mundial, la auténtica y única encarnación de «gobierno mundial» capitalista. En efecto, la actual legislación internacional en materia de derecho marítimo comenzó en el siglo XVII para regular el tráfico naval y las luchas entre estados y empresas en el nuevo mercado mundial. A finales del siglo XIX, las principales potencias se reunieron en Berlín para repartirse África. El siglo XX vio en

Versalles y Yalta sendas redivisiones de las esferas de influencia, demarcaciones nacionales y adjudicaciones comerciales ante las que la Sociedad de Naciones y las Naciones Unidas tuvieron que hacer la vista gorda.

El actual juego que vivimos, más bien nauseabundo, en las Naciones Unidas y el desierto árabe no es más que un episodio del proceso de redivisión mundial posterior a la guerra fría. No ofrece más esperanzas de una paz duradera que las conferencias de 1885 en Berlín, 1919 en Versalles y 1945 en Yalta. El objetivo del colectivismo capitalista sigue siendo el de planificar derrotas aisladas de su antagonista de clase, y el presente no es ninguna excepción.

Algunos aducen que la «protección de la soberanía nacional», principio que aducen los Estados Unidos para justificar su liderazgo en la invasión de Arabia Saudí por las Naciones Unidas, es «progresivo». ¿No podría utilizarse este mismo principio contra Estados Unidos y su aliado Israel en la situación palestina, por ejemplo? Quizás en un debate jurídico esta táctica puede dar frutos. Pero en vano buscaremos la justicia en la aplicación de este principio a escala de Estado, y aún más fútil es pensar que si se aplica este principio será en interés del proletariado palestino. Los Estados Unidos como Estado son un salvaje precontractual rousseauiano, aún necesita recibir ese golpe catastrófico capaz de amansarlo para que observe un comportamiento burgués aceptable. En la última década hemos conocido varios hechos que lo prueban, desde las invasiones estadounidenses de Granada y Panamá, hasta su renuncia a aceptar la jurisdicción del Tribunal Internacional que condenó sus ataques a Nicaragua. El Estado de Israel es simplemente su eco más estridente de salvajismo.

Pensar que Estados Unidos cambiará su política hacia los palestinos es confundir los deseos con la realidad, porque está demostrado que si bien defiende el principio de soberanía nacional en el caso de Kuwait, no lo hace en el caso de Palestina. Y actuar al amparo de estos argumentos sería desastroso para las luchas proletarias, como han demostrado otras intervenciones armadas «pacificadoras» de las Naciones Unidas, como la de Corea en 1950, la de Zaire en 1960, o más recientemente, como la de Namibia.

Entonces, ¿pueden ser utilizadas las Naciones Unidas en esta crisis? Es posible. El desarrollo de la legislación internacional desde las teorías de Grotius en el siglo XVII hasta las últimas Declaraciones de Derechos Humanos no sólo encierra maniobras de los países capitalistas. Las propias Naciones Unidas fueron un resultado del emparejamiento elefantino de la socialdemocracia con el estalinismo en los años 40, pero ambas formas de dominio de clase tenían que interponerse en las luchas proletarias o al menos anticiparse y tratar de absorber sus energías. De este modo,

estas luchas pueden encontrar en las Naciones Unidas un terreno formal para el reconocimiento capitalista del poder proletario en el aspecto de los «derechos humanos». Este terreno formal no debe rechazarse como mera ilusión burguesa, del mismo modo que no puede rechazarse un tribunal o una cámara legislativa. Obtener una sentencia favorable o una ley no es moco de pavo, pero no son los objetivos de la lucha, pues las sentencias pueden ser anuladas y las leyes derogadas en un momento de debilidad. Sin embargo, desde este punto de vista el caso de Kuwait es claro. Han sido violados los «derechos humanos» de la mayoría de trabajadores inmigrantes que no han cobrado sus salarios, han visto quebrados sus proyectos, restringidos sus movimientos. Pero estos son los derechos que podemos defender en el foro de las Naciones Unidas, si es que lo utilizamos; no los derechos de los propietarios de las plantaciones petrolíferas en su beneficio.

IV

¿No habéis visto qué hizo Alá con el ejército del ELEFANTE?

¿Acaso no convirtió su estratagema en papel mojado?

Y envió contra ellos pájaros en bandadas. Ladrillos tiraron contra ellos, y los convirtió en rastrojos después del pasto.

Sura CV (El Elefante), El Corán

Los militares estadounidenses no hacen nada en interés de los pueblos del mundo. Por ejemplo, en Arabia Saudí están para controlar al proletariado productor de petróleo con objeto de sostener un incremento de los precios del crudo. Las tropas estadounidenses enviadas allí se han convertido en trabajadores migratorios de la muerte para los egipcios, ceilandeses, pakistaníes y palestinos en los campos petrolíferos. Por supuesto, esta no es la línea oficial. Los cruzados están allí para defender el «estilo de vida norteamericano» frente a los asesinos de Saddam Hussein, según George Bush. Pero las tropas están formadas por proletarios —en gran medida negros, latinos, blancos pobres, hombres y mujeres, muchos con niños pequeños—, cuyos salarios han descendido desde 1973 a niveles anteriores a la II Guerra Mundial. El aumento del precio del petróleo que causa y mantiene su presencia supone un nuevo ataque a su propio nivel de vida (no el de George Bush). El aumento de los precios del petróleo ha precipitado definitivamente una recesión y un periodo inflacionario que conjuntamente seguirá minando los salarios, incrementando los al-

quileres y suministrando justificaciones al gobierno para recortar los escasos derechos que nos quedan. Sin embargo, cuanto más bajos son los salarios, tanto más atrayente resulta para muchos alistarse a un ejército mercenario cruzado (que contribuye a reducir sus propios salarios reales). Y así gira el círculo vicioso hasta que estalla desde dentro o desde fuera. El principal acto de solidaridad que debemos a los trabajadores del Golfo y a las propias tropas es ayudarles a romper el círculo. Podemos hacerlo ayudándoles a forzar al gobierno de Estados Unidos a retirar sus ejércitos, de manera que los trabajadores productores de petróleo puedan movilizarse políticamente en sus propios intereses, sin ser masacrados por los trabajadores de la muerte estadounidenses.

Pero ¿qué ocurre con Saddam y sus asesinos? ¿aca-so la retirada de las tropas estadounidenses no les darán carta blanca sobre el proletariado productor de petróleo? Todo lo contrario. Son precisamente los cruzados estadounidenses quienes mantienen a Saddam en el poder. El régimen baasista irakí se vería desestabilizado si no pudiera cumplir la promesa de un incremento futuro de los precios del petróleo y no tuviera un fuerte enemigo externo aparente. Y es la presencia de las tropas de Estados Unidos, con sus aviones y navíos, la que satisface estas dos condiciones. Si se retiran quedará a la vista la debilidad del partido baasista irakí, pues depende totalmente de una forma de producción muy vulnerable, que puede ser fácilmente sabotada y quebrada. El baasismo de Saddam depende tanto de Estados Unidos como el sionismo de Shamir, y la retirada definitiva de Estados Unidos de la región sería una condición para la caída de ambos.

Hemos mostrado que va en contra de los intereses del proletariado productor de petróleo, los trabajadores de Estados Unidos e incluso las tropas de Estados Unidos, el hecho de que el ejército estadounidense permanezca en el Golfo, pero podemos ir aún un poco más lejos. Habría que hacer volver a estas tropas del Golfo Pérsico y también de Europa (donde la supuesta amenaza soviética está ahora en coma). Pero no sólo que las tropas vuelvan a casa: hay que DESMOVILIZARLAS. Hemos de plantear la pregunta: ¿por qué necesita el gobierno estadounidense un ejército? No existen las supuestas grandes amenazas exteriores para los intereses de los trabajadores de aquí (ya lo hemos dicho, muchos trabajadores estadounidenses no tienen patria). El objetivo real de un ejército está claro: reprimirnos. Puesto que la desmovilización de más de dos millones de soldados puede utilizarse para rebajar aún más nuestros niveles salariales decrecientes, deberían recibir su paga al 100%», una vez desmovilizados, hasta obtener otro ingreso.

Asimismo, deberían abandonar el Golfo todas las tropas de las Naciones Unidas, pues tampoco son más que una fuerza represiva disfrazada de «pacificadora». La organización capitalista del mundo no permite ninguna paz, pues no tiene más remedio que aplastar nuestra resistencia a la explotación y a la expoliación de los pueblos del mundo, de modo que no tiene ningún «dividendo de paz» que repartir. Aquí hay una oportunidad histórica para un movimiento mundial contra el militarismo Y la producción capitalista mundial, que necesita los ejércitos. Puesto que prácticamente todas las naciones han enviado fuerzas para sumarse a la policía petrolera de Estados Unidos y Naciones Unidas, cuya tarea consiste en controlar las reivindicaciones del proletariado productor de petróleo, un movimiento internacional contra la agresión militar de las Naciones Unidas en el Golfo podría desorientar la alianza encubierta entre cruzados y asesinos.

V

Por consiguiente, la posibilidad de una incongruencia cuantitativa entre el precio y la magnitud del valor, o la desviación del primero con respecto al segundo, es inherente a la propia forma del precio. Esto no es ningún defecto, sino todo lo contrario, pues adapta admirablemente la forma del precio a un modo de producción cuyas leyes inherentes sólo se imponen como medio de unas irregularidades aparentemente incongruentes que se compensan mutuamente.

-Karl Marx. *El Capital* (1867)

El precio del petróleo en el capitalismo está determinado políticamente por nuestras luchas y los esfuerzos de nuestros gobernantes para utilizar el petróleo con objeto de derrotarnos. El precio reflejará en cada momento la efectividad con que hemos sido controlados, es decir, la seguridad de toda inversión en bienes energéticos desde el punto de vista político, y también qué precio se precisa en el futuro para un nivel de inversión en tecnología, automatización, energía nuclear y biotecnología que permita que el precio se mantenga estable en un nivel alto. Por ejemplo, a finales de los años 70, la gente utilizaba, desde México hasta Irán, pasando por Nigeria, el aumento del precio del petróleo para exigir un mayor nivel de vida, salarios más altos, programas sociales, escuela, hospitales. Gran parte del bienestar generado por el aumento de los precios del petróleo benefició al proletariado en lugar de invertirse en las industrias que requieren altos niveles de tecnología y energía, y que se desarrollan para debilitar el poder de los trabajadores sobre la producción de bienestar. En Estados Unidos, Europa y Japón, los activistas antinucleares han

empujado al alza los precios de los seguros de las centrales nucleares, hasta tal punto de que el aumento del precio del petróleo aún no garantiza la rentabilidad de la energía nuclear, asestando un serio golpe a los planes capitalistas. Mientras tanto, los camioneros, agricultores y mineros del carbón de Estados Unidos, los agricultores europeos y las amas de casa italianas se organizaban para luchar contra los altos precios del petróleo, mientras que la juventud en Levittown, Pensilvania, y los taxistas japoneses se lanzaron a la calle para protestar contra los precios de la gasolina. Así cayó el precio de los productos energéticos.



Por consiguiente el sistema de precios es un método capitalista para organizar la producción y el consumo social (en su propio interés) a lo largo y ancho de los campos de batalla. Una mercancía no tiene un único precio, puede tener muchos en función de las circunstancias conflictivas; por ejemplo, el precio de extracción de un barril de crudo es de unos 2 dólares, lo que equivale a unos 5 centavos por galón. El precio mundial del crudo, sin embargo, ha fluctuado ampliamente (como muestran las tablas A y B). Pero aunque el precio del petróleo exportado en el mercado mundial tiende a igualarse en todas partes, el precio real de la gasolina varía ampliamente de un país a otro. Así, en diciembre de 1988, cuando el precio mundial del crudo era inferior a 15 dólares por barril, los precios de venta al público de la gasolina oscilaban entre unos 15 centavos en Caracas y más de 4 dólares por galón en Tokio (véase tabla C). Esta amplia variación de precios

es resultado de numerosas luchas. Por ejemplo, los precios nacionales de la gasolina de Nigeria figuran entre los más bajos del mundo (unos 30 centavos por galón), porque cada vez que el gobierno nigeriano, presionado por el FMI, intentó incrementar los precios de venta al público de la gasolina, los taxistas se lanzaban a la calle para proteger el valor de sus salarios.

Sin embargo, en Estados Unidos está empezando a formarse una alianza impía, aunque inintencionada, en materia de precios, entre los redistribucionistas tercermundistas, los ecologistas y los planificadores de la industria petrolera, al socaire de las invasiones. Para los tercermundistas, un aumento del precio del petróleo en Estados Unidos es una forma de redistribuir la riqueza en beneficio de los trabajadores de los países exportadores de petróleo del Tercer Mundo, que corregiría el intercambio desigual imperante desde hace décadas entre estos países y los países capitalistas avanzados. Para los ecologistas, un aumento del precio del petróleo contribuiría a disciplinar a los trabajadores y capitalistas de Estados Unidos de cara a aceptar las fuentes de energía alternativas, ecológicamente más sanas (energía solar, eólica, e incluso el cáñamo) y la racionalidad de la reducción de nuestro consumo de gasolina y del uso del automóvil. Los planificadores de la industria petrolera, por supuesto, ven en un aumento del precio del petróleo un incremento de los beneficios, que podrán invertirse en la industria de alta tecnología basada en la energía. Todas estas perspectivas califican al proletariado estadounidense de injusto (con sus hermanos y hermanas del Tercer Mundo), irresponsable (para con las necesidades de la conciencia ecológica) e irrealista (al ignorar las necesidades de una distribución racional de los recursos).

Nosotros rechazamos los supuestos en que se basa esta peculiar alianza. El aumento de los precios de la gasolina y del fuel de calefacción en Estados Unidos es contrario a nuestras necesidades y aspiraciones como trabajadores. Detener los incrementos de precios nacionales no sólo desestabilizará los planes del capital, es el único objetivo que tiene sentido, desde el punto de vista político, para un movimiento proletario en Estados Unidos. De lo contrario, todo movimiento que surja contra la invasión chocará inmediatamente con el grueso de la población asalariada. Los ecologistas y tercermundistas que piensan que han concluido un trato maravilloso con la industria petrolera, y algunos miembros del Congreso de Estados Unidos descubrirán pronto las consecuencias terribles de este trato.

Por supuesto, esto no quiere decir que las reivindicaciones de los tercermundistas y ecologistas sean

incorrectas. Pero un aumento de precios no es la manera de alcanzarlos, pues la clase obrera norteamericana no es la causa de la desigual explotación capitalista de la raza humana Y de la degradación de los plebeyos del planeta. El propio sistema de precios es la fuente de esta desigualdad y degradación. Intentar utilizar este sistema para hacer básicamente lo correcto es practicar el suicidio de clase.

La reivindicación de una disminución de los precios de la energía aquí no está en contradicción con la reivindicación de un mayor nivel de vida en Nigeria, Venezuela o Trinidad. Mientras necesitamos utilizar tanto petróleo a causa de la organización capitalista de la producción, el trabajo de los obreros productores de petróleo crea riqueza, que ellos tienen toda la razón de reivindicar. La riqueza no va a nosotros. Como vemos, actualmente los beneficios de las compañías petroleras están aumentando a pasos agigantados –por ejemplo, el aumento de ingresos que obtiene Exxon por un mero aumento del 1% por galón de gasolina equivale al valor de todos los bienes inmuebles de Dakota del Sur–, mientras que los salarios reales están disminuyendo en Estados Unidos. Hay riqueza para que todos puedan vivir bien, y si hay que transigir en cuanto a la producción y consumo de petróleo, los protagonistas hemos de ser nosotros mismos y los trabajadores de los países productores de petróleo. Hoy en día, el control del «don de Alá (o de la Naturaleza)» por parte de unas cuantas instituciones poderosas significa que los trabajadores deben reconocer a un enemigo común.

Mientras vivamos en un universo capitalista, reducir nuestro consumo energético significa reducir nuestro nivel de vida, trabajar más y recibir menos. Por ejemplo, si no tuviéramos que trabajar para los capitalistas no tendríamos que utilizar tanto el coche, pero la cuestión es que no es el patrón quien ha de elegir. No necesitamos ángeles ecológicos que intenten forzar a los trabajadores a observar un «buen» comportamiento en beneficio de los dirigentes, que lo único que desean es una forma de explotación más eficiente. Jugar a la carta del aumento del precio del petróleo es muy peligroso, mientras los capitalistas detentan el poder de decisión para utilizar los precios en beneficio suyo. El movimiento contra la guerra del Golfo Pérsico debe ser como mínimo tan inteligente como

los cruzados y asesinos contemporáneos a que nos oponemos. Reivindicar simplemente las fuentes energéticas alternativas para contrarrestar el aumento de los precios del petróleo concede más poder a la industria energética para imponer el poder nuclear. Llamar simplemente a conservar los recursos por parte de la clase obrera puede legitimar la política gubernamental que nos forzará a pasar frío en invierno, o a perder el tejado. Nuestras reivindicaciones deben estar basadas en nuestras necesidades y deseos, y en nuestra solidaridad con nuestros compañeros explotados en todo el planeta.

CONCLUSION

La mejor manera de oponerse a la política militarista de Estados Unidos en Oriente Medio consiste en demostrar al gobierno Bush, a la banca internacional y a las compañías energéticas que no pueden beneficiarse de los aumentos del precio del petróleo que las tropas estadounidenses contribuyen a mantener con su presencia en la región. Aquí podemos hacerlo reivindicando y luchando por una disminución del precio de la gasolina, del gasóleo de calefacción y de la electricidad, y por la desmovilización del ejército estadounidense. Esta estrategia puede parecer indirecta y económica. Pero recordemos que el ejército elefantino de Abraha, el rey cristiano de Abisinia, fue detenido ante las puertas de la Kaaba de La Meca por una lluvia de «piedrecillas».

Midnight Notes, Boston, noviembre de 1990

Notas

TABLA A

Precios del petróleo: Brent al cierre de cada mes en dólares por barril. Precio del 24 de septiembre, \$40.35.

TABLA B

Precio medio por barril de crudo nacional hasta finales de febrero

TABLA C

Precios del petróleo

Diciembre 1988. \$ por galón estadounidense.



LOS SUPERHOMBRES Y LOS COCODRILOS

Existe este sentimiento increíblemente difundido de que acabamos de vivir algo muy grave. Estamos seguros de ello aunque no sabemos por qué. Para muchos que se opusieron a ello representó soledad, derrumbamiento, una tragedia personal. Esta guerra ha sido tan rápida que nos podemos cuestionar si ha sido tan grave como se ha dicho y cómo creemos que ha sido. Una guerra muda, una guerra cuyas imágenes reales nunca veremos, una guerra de animales. Decíamos que el alineamiento de Francia con los americanos era algo vergonzoso, otros no criticaban pero se preguntaban: ¿no ha tenido Francia vergüenza? Precisamente esta vergüenza se ha interiorizado de manera extraordinaria. Esta guerra se ha pronunciado en voz baja. En los cafés, las bromas, los taxis, las conversaciones, era como una especie de murmullo. Como si no se hubiera atravesado un límite. Algo molesto para todos. De todo esto existe un presentimiento generalizado.

De esta manera los israelitas saben que si determinan por sí mismos su política por lo que respecta a Palestina, algo se inventarán, se alejarán de alguien. Es un presentimiento vital que nadie puede dejar hablar a un Estado o a una organización o a alguien en su lugar, sobretodo con este Estado que tiene vocación de hablar en nuestro lugar, en lugar de todo el mundo.

En estos momentos en que surge el imperativo de hacer, de hacer de manera precipitada, existe al mismo tiempo una verdadera fuerza de la duda. En esta prisa nueva, que es la del inicio de una guerra o de la posibilidad de este inicio se constituye la fuerza de la debilidad o sea la fuerza de la duda. En este momento, el simple hecho de cuestionar, de decir: «esperad, esperad», sin saber para qué servirá esta espera, esta simple duda es ya una insumisión, si la más mínima duda es una insumisión, ¿en qué momento vivimos? ¿por qué hemos aceptado esto?

No hubo para ir en contra de nuestra causa tan sólo la ignominia de Saddam Hussein. Existía también el rechazo de pensar que íbamos a entrar en un mundo nuevo y que de este hecho teníamos que sacar todas las consecuencias. Este mundo futuro se hilvanaba sigilosamente. No hubo una entrada teatral en este mundo futuro, sino más bien este claroscuro tan propicio al crimen. Los que quieren esto que se caricatura y que sin embargo se invoca bajo el nombre de «nuevo orden internacional» no tenían especial interés en explicar su proyecto. Los que se oponían no

tenían los medios para hacerlo. El drama de los intelectuales reside en esto. La regresión es esto. El infantilismo es esto. Se espera de una prueba que nos cree una moral de acero, que sea capaz de hacernos comprobar nuestras concepciones, que origine razonamientos nuevos. Si todo se parara hoy, tendríamos la impresión que no ha pasado nada, que no se puede hacer nada. Siempre se olvida que imaginar es imaginar lo inimaginable.

Ningún cineasta digno de este nombre se ha levantado a su manera contra la guerra. Sólo había lamentaciones generales sobre la ausencia de imágenes. Se decía que esta ausencia se debía a la censura americana, a la violencia del vehículo informativo americano. Que no se podía de ninguna manera reaccionar. Si pensamos de esta manera, antes caeremos en la regresión. Sólo se plantearan cosas referentes a los medios para luchar al margen de este instrumento de propaganda. Llegados a este punto lo cómico y lo trágico confluyen. Lo cómico reside en que nunca los artistas y los intelectuales habían recibido tantas prebendas. Creen, o mejor, saben que su suerte o la de sus creaciones dependen de éstas, que ya no encuentran fuerzas para fingir despertarse. Ya no existe el arte comprometido, la literatura comprometida, el cine comprometido. Todos mercenarios. El estadio cero.

Lo trágico es que hubiéramos podido hacer una película de esta guerra. Esta película, en esta época pobre en imágenes, hubiera sido la película de las mañanas de George Bush, su despertar, su desayuno. George Bush hubiera aceptado ser filmado, lo hubiera aceptado como una bendición. Se le hubiera presentado en la mesa, vestido con pijama, mostrarlo cuando va a misa. Se hubiera tenido que presentar a la Sra. Bush con sus nietos, paseando por los jardines. Mostrar las ocupaciones de los que organizaron esta guerra. Todo lo que hubiéramos averiguado del generalísimo americano, de que bebe hasta treinta cervezas diarias, teníamos que haber mostrado todo esto. Una jornada tranquila del Sr. y de la Sra. Bush con su querida familia con un fondo de música que bien podemos imaginarnos hubiera sido la película más violenta sobre esta guerra. Las únicas imágenes que nos interesan no son únicamente las del frente; si nos lamentamos de su ausencia estamos a merced de aquellos que nos las esconden, de aquellos que nos las enseñaran. Dependemos de su estrategia. Luchamos al margen, a la defensiva. Creemos que han decidido privarnos de estas imágenes por que las encuentran molestas. De ninguna manera.

Otro pensamiento sobre la guerra y otro tipo de imágenes, esto sí que les hubiera molestado. Entendemos que el criminal moderno, cuando se le pilla con las manos en la masa, adquiere por este hecho un plus de autoridad, de legitimización. Aunque parezca mentira no será mostrando poblaciones enteras inundadas de napalm como pondremos a Estados Unidos en un compromiso. No vayamos a creer que una sociedad construida como la americana sobre la base de la divulgación, la democracia, los derechos del hombre pueda sufrir algún perjuicio al ser expuesta a plena luz. Al contrario. América posee un stock de informaciones y de imágenes con las que juega a crear o a ayudar en todo momento una protesta que se contenta con el hecho de robarle estas imágenes, estas informaciones.

Nos hallamos embarcados en una locura de destrucción del mundo. Esta destrucción empieza por la de cada ser humano. Se declara una guerra a cada ser humano. En el momento actual no tenemos ni idea de las formas que tomará en el futuro; el pueblo americano no tiene nada que ver con esta historia, se trata del Estado americano, republicano o demócrata, pero incluso esto es decir poco, es decir demasiado. Tampoco se trata del Estado americano. Se trata de algo como una abstracción que va contra la gente, contra cada uno de nosotros. De la misma manera que la transformación del ideal comunista en terror estaliniano llevó a hombres, mujeres, adolescentes, artistas al suicidio. Desesperando desde la infancia o desde la adolescencia, millones de seres humanos no han podido ser aquello en que hubieran podido convertirse. De la misma manera el «nuevo orden internacional» antes de matar con las bombas o el napalm, destruye y humilla por todo el mundo porque ataca las conciencias. Porque dilapida las esperanzas que fundan la invención de la humanidad por los humanos que constituyen esta humanidad. Tanto en los países árabes como en América Latina u Occidente, habría que iniciar una contabilidad que no tiene precedentes y que por el instante no tiene los instrumentos, la contabilidad de estas miles de vidas, de estas miles de esperanzas, de niños, de adolescentes destruidas por el «nuevo orden internacional». En el campo del arte, de la creación, de las relaciones entre nosotros, en el campo de la amistad y del amor.

Todas estas esperanzas destruidas antes de que se hubiera tenido conciencia de ellas. Antes de poder decir de manera desgarradora que es este Estado de derecho de perspectivas mundiales quien ha matado.

Hay que imaginar una capa de esperanza tan identificable como la capa de ozono, una capa de esperanza indispensable para la creación de la humanidad. Es a ella a quien destruyen.

Cuando se escriben estas frases uno corre el riesgo de «pasarse». ¿Pero no os dais cuenta de que ha llega-

do la hora de la tercermundialización total del mundo? Tarde o temprano los americanos se pondrán nerviosos debido al protagonismo de Japón o de Alemania. Llegado este momento las tomarán, afirmarán los bienpensantes, contra estas potencias económicas. Pero no, lo que realmente les asusta es la limpieza. Su locura protestante de vigilarlo todo, de esclarecerlo todo, el afán de limpiarlo todo disimula el proyecto de una humanidad transformada en subhumanidad bulliciosa, víctima de epidemias, innumerable. Es necesario que el mundo sea de una gran suciedad. Debe dominarlo todo esta corrupción de la que ellos sacan su poder y que no queden más que dos cosas: su discurso moral que busca a Dios y cree que se acerca a él pareciéndosele y que le dice: «mira nuestros pecados» y su mirada indica esta humanidad que, de México apareciéndosele, se ha convertido en una humanidad abominable. Cuanto más se avance en la criminalización y en el tercermundismo del mundo, más nos cantarán nuestros pensadores liberales «esto no es lo que quieren los americanos! América quiere la emancipación de los pueblos...» América no busca el bien. Al «nuevo orden internacional» le importa un bledo el bien. Busca la prueba del mal, debe encontrarla aquí, en la Tierra, por todos lados, para que exista la necesidad del bien y se inaugure un diálogo constante con el Dios de esta religión. El programa consiste en que la totalidad de las economías sean destruidas, y están en camino de conseguirlo. El futuro reside en algunos centros de decisión anglosajones que regentan economías y sociedades ingobernables, está a punto de llegar. El programa consiste en la difusión de la droga, de la violencia, del consumo, de la corrupción. Ellos son el programa y nosotros el virus.

América no reside sólo en América. Está por todos lados. El problema, evidentemente, no es George Bush, ni la administración americana. Cualquiera que viaje a Estados Unidos puede ver, por un lado, Cabo Cañaveral, Silicon Valley, etc., y por otro, una multitud de desheredados, los locos de la calle. América quiere exportar este tipo de sociedad. En esto halla una nueva motivación. Cada punto de una posible alternativa se dirige hacia su apogeo. Nos enfrentamos a una ambición que se sustenta en el poder de las armas, en los poderes económicos, teológicos e incluso en el interés por la educación de todos. «Nuevo orden internacional» quiere decir nuevo profesor. Una época en la que la mafia del derecho ayudará a cada uno a hacer los deberes. Multitud de consejeros llegarán para ayudarnos a llevar nuestra contabilidad, a reflexionar, a modificar nuestra Constitución. Nos hallaremos muy cerca del imperio mundial, de la clonización de la humanidad.

Aunque aceptemos que existe un pensamiento basado en derecho, no podemos pasar por alto que se trata de un pensamiento o reflexión totalitaria. No

debemos sorprendernos por esto. En nombre del marxismo o de lo que entendieran por ello los Jémenes Rojos, procedían a la eliminación progresiva de la totalidad de su población. Del pensamiento de derecho no debemos esperarnos ningún tipo de fragilidad. Al contrario, lo único que nos cabe esperar es una extrema ferocidad. Evidentemente que choca mucho la afirmación de que Estados Unidos ha declarado la guerra a todo el mundo y a la disponibilidad que tiene cada uno de dirigir su propia vida. Pero la primera parte de esta guerra ya ha acabado, vamos a ver que no hay ningún pensamiento de derecho que sea desorbitado. Que no hay pensamiento de derecho que no sea criminal, destinado a diezmar poblaciones, a justificar cruzadas.



Orden religioso, orden marxista, «nuevo orden internacional», nunca habíamos imaginado conseguir lo que queríamos a no ser por progresivas mareas de insurrecciones y de minorías rebeldes. Hoy en día no podemos entrar en el dilema de si dotándose de una moralidad, un Estado se ve o no inclinado a ser criminal. Lo único que podemos pedir a un Estado es que garantice su permanencia. Debe comunicarnos que el aprovisionamiento energético, por ejemplo, depende de tal o cual factor y en consecuencia llegar a los acuerdos necesarios para garantizarlos. Pero ningún Estado debe excederse en sus funciones. Todavía más grave, ningún Estado tiene el derecho a tener miedo. Un individuo que tiene miedo crea muchos problemas a sus prójimos y a sí mismo. Esto es terrible. El miedo es algo que destruye una parte de la vida y compromete las relaciones humanas. Así, para cada uno de nosotros, temer a la muerte es temer algo que no debemos temer. Un Estado no debería nunca tener miedo. Es algo ilegítimo el que tenga miedo. Si es necesario debe organizarse de tal manera que no tenga nada que temer. Un Estado que se permita el lujo de una moralidad, que se permita identificar el bien y el mal,

con medios distintos al de las religiones comete el mismo crimen contra la humanidad que los integristas.

Nos hemos dado cuenta de cómo la amenaza de los países comunistas que no poseían los medios que justificaban su arrogancia se ha derrumbado. Sabemos que hay, en Oriente Medio, estados que creen poseer una moral. Pero nos damos cuenta que no ha existido en la historia, hasta el día de hoy, un Estado tan persuadido de su buen hacer como América. Un Estado que quiere llevar a todo el mundo a pensar que su derecho es el único bueno. Desde los países de la humanidad no ha aparecido una amenaza tan explosiva a nivel mundial como la certeza que posee el Estado americano de que su moralidad es la moralidad justa.

No se trata de hablar de un complot fascista americano, estamos a mil leguas de ello. El verdadero complot es democrático. Se trata del peligro ecológico más grave desde los orígenes de la humanidad. La propagación del buen derecho americano que posee todas las cualidades para extenderse más rápidamente que todas las amenazas de abono químico o bacteriológico sobre la faz de la tierra. Y no existe ningún medio para oponersele.

Ya no se trata de boicotear sus hamburguesas o su Coca-Cola. El problema estriba en que en cada una de estas maravillas yace la misma locura, desde el imperio de McDonald's al imperio de la Coca-Cola. Es preciso identificar esta locura. Presentimos que se trata de una locura sanitaria

de superbeneficio acompañada de la tercermundialización de la humanidad y la decadencia de todos. Sabemos que esta locura sanitaria funciona en las películas, en las canciones. Siempre esta criminalización de los actos naturales de la vida, esta voluntad salvaje de edificar una sociedad de clónicos. Todos espectadores y todos admiradores petrificados bajo la atenta mirada de los vigilantes. Por un lado los eventuales superhombres indefinibles, corderos de dios, que propagarán el derecho. De otra la subhumanidad, los deshechos de quienes nadie sabe si acaso no regresarán al estado de cocodrilos dentro de diez mil años, dentro de diez millones de años. Todo es posible. Abstrayendo, todo puede ser tomado en consideración.

La guerra americana es un asunto demasiado serio para dejarla en manos de aquellos que creen poder conducirla bien. Ya no se trata aquí de los militares. Cantidad de agravios sufridos por los americanos en los últimos tiempos no tardarán en ser reparados. No hay que hacerse ilusiones. Y ello no depende de una única voluntad ni de un complot. Es una fuerza mecánica que avanza como un robot. Incluso aquellos

que se creen al amparo de todo, si han ocasionado algún perjuicio a los americanos, en el campo de la ciencia por ejemplo, se encontrarán con extrañas sorpresas. El avance de este robot será imparable. Ha terminado ya el tiempo bendito de la contradicción durante el cual América aceptaba quedar en minoría. Pronto esto ya no será posible. Van a estar al frente de todo, desde el FMI a la FAO, desde la UNESCO a la ONU. Incluso en la periferia no se les podrá discutir impunemente. Pobres robots, pobres queridos. Sus extremidades se vuelven ultrasensibles. Si se quiere regentar el mundo, hay que tener procónsules por doquier.

La tragedia siempre viene acompañada de una fuerte comicidad. Echad sino un vistazo al Este. En la lista de espera de los bancos occidentales, ante el dinero alemán, japonés, saudita o americano —no importa si el dinero americano no es americano— los gorbatchovianos y los anti-gorbatchovianos andan tirándose los platos a la cabeza. Ellos ya han abdicado de toda dignidad. Han abdicado de aquello que es la fuente de toda dignidad: la lengua. Uno se los puede imaginar dirigiendo en el seno de la UNESCO la batalla por sustituir el inglés por el americano. ¿Quién será más convincente? Para Gorbatchov se trata de transmitir la ilusión de que el viejo mundo todavía no ha terminado, en su país, de expirar. Como si en cualquier instante el fantasma pudiera hacer su reaparición. Increíble bufonada la de estas conversaciones en las que podemos escuchar: «Vergonzoso el plan de paz de Gorbatchov, ha traicionado nuestra confianza», etc., toda vez que se le puede ver telefoneando cómodamente a George Bush, confiándole: «En cinco minutos voy a hacer una declaración cualquiera, no le preste ninguna importancia». Acto seguido cuelga el auricular y proclama: «Es absolutamente preciso negociar, parar esta guerra».

Nosotros estamos del otro lado. Estamos justo enfrente. Y a nuestro alrededor, para mayor estupor nuestro, un verdadero estado de salud, ¿cómo decir?, ¿salud socialista?, ¿salud post-moderna? Un estado de salud que asume todo: fatalidades de la super-población, de la droga, del sida, de las epidemias y fatalidades con perspectivas caritativas. No habrá más que combatir las plagas, nuevos sistemas de gestión. Todo el mundo parece casi convencido que hay que atender lo más urgente. O bien uno se puede imaginar un centro de alta tecnología, quizás ya esté ahí, que gobernará todas las operaciones de distracción y máximo beneficio como son la droga, el crimen, el tráfico de seres humanos, la supermilitarización de economías moribundas. Todo ello, se sabe, está dominado por la mafia y la gente que ella emplea. Todo esto, también se sabe, progresa por el Este y en el Tercer Mundo, al

menos tan rápidamente como en los Estados Unidos. Los primeros ministros de los gobiernos de la Europa del Este serán nombrados en el Oeste por algunos políticos, banqueros y militares reunidos a tal fin. Esto, se aplicará pronto a los gobiernos del conjunto del planeta. De manera extraña las religiones enfrentadas, el Islam y el puritanismo anglosajón podrían contribuir, la una desde su amplitud de conocimientos y su tecnología y la otra desde la miseria y la regresión, en objetivos comunes y organizarlo todo al alimón. Ambas locuras son también sanitarias, tanto una como otra. Uno no puede lavarse las manos de la noche a la mañana como también Hugues sin ser el loco y criminal shakesperiano de un mundo en el que se agitan hombres embarrados por quien no puede ser contaminado. Claro que el poder y el dinero de Howard Hugues procedían de aquéllos... A la inversa no se puede consagrar su inteligencia, sus fuerzas, su dinero a gestionar, a vigilar. Pues en este caso no es que uno vaya a cavarse su tumba, es que no habrá más tumbas, ya no habrá sitio para las tumbas. No se hace otra cosa que trabajar en propagación de la verdadera pandemia, la del «nuevo orden internacional».

Tengo la impresión que la gente se halla frente a una verdad esencial. Sin embargo no nos la revelan. Por ejemplo, se ha escrito que se trataba de la coalición del mundo entero frente a algo así como dos provincias francesas. No hay que detenerse en esto. Hay que comprender que lo que había enfrente era un territorio, algo inamovible, algo que está fijo. Desde el momento en que algo parecido a un enorme faro gira en nombre del derecho internacional y localiza un objetivo con su ojo, se ha acabado. Irak, Kuwait, no importa quien, Siria mañana, Pakistán más tarde. ¿Quién sabe si China?, ¿Quién sabe si Europa? cualquiera que se encuentre en el campo de visión del enorme faro del derecho. ¿Qué va a hacer? ¿Se moverá? No, esperan en posición de firmes. Ya sea en nombre del Islam o de cualquier otra nueva fantasía. Pero, ¿qué poder tiene una fuerza inmóvil que exclama: «Eh, ¡aquí estamos, he aquí nuestras fronteras!, he aquí donde yacen enterrados nuestros argumentos...»?

Cuando la luz se extienda por doquier, no habrá posibilidad de supervivencia ni siquiera para una especie minoritaria, sólo en la clandestinidad, la clandestinidad del movimiento, de lo que se escapa, del mundo de la invención permanente. El juego definitivo es como cosa de niños: «Ud. no me atraparé nunca ya que no me encuentro donde Ud. cree que estoy». No se vislumbra que una minoría pueda vencer o sobrevivir sin poner en práctica este juego, puesto que todo sucumbirá progresivamente bajo la luz común del faro. Todo, el comunismo, las religiones, los pueblos, los seres humanos.

Por otra parte, hay como un presentimiento en el seno de la iglesia católica de que esta guerra no iba con ellos, que este derecho no era el suyo. Ella que siempre se alineó con el imperialismo, resopla ahora y parece querernos decir que se la ha conducido a toda marcha hacia un destino teológico desconocido. No es del todo cierto que el Papa le haya tenido un cariño especial a esta guerra del derecho internacional. Si claudicara, América buscaría la ocasión en la próxima elección vaticana para imponer el orden en la iglesia católica. Es un ataque por fragmentación.

Hablemos ahora de Europa. Nos preguntamos: ¿existen los italianos?, ¿se mantiene España?, ¿y Portugal?, ¿existe realmente la vida en las regiones del mundo donde el derecho internacional no ha impuesto su ley? América se acopla perfectamente a Europa. Pues Europa es de entrada y antes que nada, como condición «sine qua non», la pérdida total de la sustancia de cada uno de los países que la componen. Cualquier singularidad, cualquier particularidad, debe ser negada o renunciada. El porte exigido para la entrada en Europa, es un traje nuevo, igual para todos. Nos encaminamos hacia una abstracción total. Como en América, donde después de haber descalificado la cultura y el pasado de sus minorías, se les propuso en convertirse en más americanos que los mismos americanos. Por ahora cada uno es invitado a despojarse de lo individual, de lo singular. Si ya no existe lo singular, ¿quedarán en común ejército, policía y moneda?...

Pensemos en los ultraje de Estado y en su inspección matinal al Gran Hospital, rodeados de una retahíla de cucarachas (periodistas, ministros, intelectuales) diciendo que todo marcha bien, que están sobre el 80% en los sondeos. Caminan a buen paso por los pasillos sin cruzarse con nadie, la población reclusa es invisible, muda y enferma. El porvenir de la dictadura democrática se halla en los sondeos. En ellos busca y en ellos halla confirmación para su mantenimiento en el Poder, una verdadera confirmación renovada a cada instante, y nosotros hemos llegado al peldaño del silencio más bajo, más brutal. Todos los periódicos plantean la misma pregunta cargada de obscenidad: ¿se disuelve ya? (el Parlamento), ¿convocamos elecciones después de este gran éxito? Se puede percibir claramente que una fuerza real les empuja a no disolver. Y no están equivocados. Cada vez hay menos gente que vota. El voto es algo irrisorio pero continúa siendo una prueba. ¿Por qué retahíla pasar a una población en estado de choque, que no sabe nada, que no entiende nada?

¿Cómo imaginar ni que sea por un instante, que los obreros se acomoden a su destino? El problema es que ya no queda ni una sola posibilidad de expresión fuera de los movimientos arcaicos, regresivos,

infantilizantes. La clase obrera tiene una conciencia. Esta no pasará nunca más por estos canales, los partidos, los grupúsculos, los sindicatos, los votos. Lo mismo sucede con la juventud. ¿Dónde puede la juventud expresarse? Sólo expresarse. ¿Cómo imaginar un media que esté en la misma onda que su cólera, su locura, de su absoluta insumisión? Antes todavía podíamos dejar hablar a los demás en lugar nuestro. Los resultados han sido bien mediocres. Sin embargo la prueba de que se ha tratado de un error, todavía no se ha formulado con la suficiente contundencia. Porque si no existían pruebas de que los sindicatos y las organizaciones políticas revolucionarias se habían dedicado a cultivar la negligencia, era porque no existía todavía esta locura totalitaria de un Estado que se propone hablar en nombre de cada uno y en el de todos. La palabra Estado, definitivamente no conviene. Hay que esperar que esta locura de autodestrucción de la humanidad será identificada para que podamos darnos unas nuevas señas de identidad: ¿quién soy? ¿qué papel debo jugar? sólo pueden existir las infracciones personales. Por el momento no os juntéis. No vamos juntos a los conciertos. No vayáis a creer que la soledad, la singularidad, la diferencia, más soledad aún, constituyan una desgracia. Si cedéis, la aventura de la humanidad habrá terminado.

¿Podemos todavía invocar los derechos humanos? La ideología de los derechos humanos se constituye como una forma de mínima defensa para parar el desarrollo del comunismo en el momento en que éste empezaba ya a decaer, probablemente moribundo. Esta ideología ha mantenido la ilusión de su omnipotencia. Disimulando hasta qué punto el imperialismo tiene necesidad de que el «comunismo» se mantenga vivo. La ideología de los derechos humanos ha otorgado un carácter diabólico a un régimen que no tenía otra existencia que la ficticia, un régimen sostenido de forma clandestina. Frente a dictaduras, tanto en Chile como en Europa, adopta esta vía que, sin haber logrado sustituirla por otra, tanto habíamos reprochado a los movimientos obreros. Una vía de sustento del desespero, del pesimismo nihilista. Todo lo contrario de la invención de otro mundo. Todo lo contrario de la certeza de que se va a inventar un mundo nuevo. Pues toda resistencia que no tenga la certeza



de que inventará un mundo nuevo –aunque esto provoque risa, o se vea abocada al fracaso tecnológica y militarmente– está condenada al fracaso. Entonces no subsisten más que formas más o menos abominables de colaboración en el mantenimiento y el desarrollo del antiguo orden. Resultado, tanto aquí como en Checoslovaquia, como en otras partes de esta ideología de los derechos del hombre. En sus formas más convencionales, más respetables es la medicina del trabajo, Amnistía Internacional, Médicos sin Fronteras. O sea curar a los obreros para que puedan volver a morir de silicosis. Arrancar un porcentaje, a lo cómico, de torturados de las manos de sus torturadores. Curar los heridos para que vuelvan a morir en el campo de batalla. Los derechos humanos también han dado cuerpo a un espejismo de caridad inofensiva, desinteresada, como una pobre cruzada subalterna a la principal batalla de América. Un ejemplo nos lo dan las nuevas democracias del Este enviando sus contingentes simbólicos al Golfo. Decididamente los artistas no hacen su trabajo. Hay que inventar para ellos una vestimenta. Un modista de moda se luciría con ello, el uniforme del soldado de los Derechos Humanos.

No hay ninguna posibilidad de resistencia sin la certidumbre de que existen y van a subsistir el pensamiento, los conceptos y las formas de organización que crearán un mundo nuevo. Hay que retomar aquí una antigua idea. La de la autonomía y la singularidad, ser un sujeto. Hay que volver a decir que el pensamiento no es precisamente obvio. Que no es lo mismo pensar que descartar falsas ideas. Que es muy difícil y lento alcanzar un verdadero pensamiento. Pero sin este esfuerzo insoportable, siempre haríamos el juego a la estrategia contraria. Mientras estamos convencidos de estar en actividades de insurrección, estamos sumidos en un largo sueño y no inventamos nada. Las reglas del juego de la sociedad de hoy son tan sofisticadas que el consejo que da a los que quisieran contestarla puede ser entendido por un niño, y no es de esta manera que podemos pensar en inventar un mundo nuevo. Todo lo que ha pretendido formar nuestras conciencias se ha hundido. Todo esto nos conduce al desespero. Todo esto ha acabado.

Nunca más deberíamos hablar de relación de causa a efecto. La reivindicación de la libertad es capital. El ejemplo más flagrante es la justicia. Un abogado no debería jamás comprometer la causa del acusado evocando su pasado. Nada de golpes de la madre alcohólica, nada de circunstancias atenuantes, dado que esto es la negación de la libertad, de la invención del carácter incomparable de cada vida. Podemos bifurcarnos en cada instante. No conferir formas, a la vida que sea, por esta maldita relación de causa a efecto, el carácter de destino que Malraux decía no esperar más

que de la muerte. Podemos inventar en cada momento. Por muy insoportable que sea decirlo así, debemos reestablecer la regla de la libertad. Por ejemplo, para hablar de las sociedades árabes, no debemos aceptar hablar de humillación, ni aceptar la comparación con la Alemania del Tratado de Versalles. Sin embargo se osa invocar la humillación alemana del Tratado de Versalles, pero, qué decir entonces de los judíos y de una humillación de una naturaleza distinta desde siglos que esta decepción casi risible de la población alemana de 1920 (que 13 años más tarde no será nada más que una población criminal). No debemos quedarnos más acá de lo que pensamos. Nos hace falta decir y repetir que no hay vida posible para la juventud o para las mujeres árabes allí donde los islamistas tienen una parcela de poder, una onza de autoridad. Que no hay causa de los pueblos árabes que no pase por la destrucción de la monarquía jerifiana o el aniquilamiento de los gangsters del poder, desde Siria a Arabia Saudí, así como en Irak. Lo que oscurece nuestro juicio es nuestra perpetua incapacidad para constituirnos en sujetos. Porque siempre la política y la historia pasan por el ojo de una aguja y pasan de ojo en ojo. A una millonésima de milímetro al lado no pasa. Sucesión de contradicciones casi ininteligibles. No podemos parar la imagen, el pensamiento, nos hallamos en un movimiento, en un proceso.

América, en el momento en que se exacerbaban las estrategias y las formas de organización comunitarias, pone en marcha, en nombre de su derecho, una estrategia mundial de ingerencia. Con lo que implica de guerra preventiva e identificación del mal antes de que sea visible. Necesidad americana dado que tiene la responsabilidad de la suerte de la humanidad, de intervenir enseguida en todas partes. Ahora bien, vemos que las principales fuerzas alternativas se oponen proclamando: «dejadnos en paz, dejadnos arreglar nuestros problemas entre nosotros». Trágico error. Nos falta ser tan soberanos como América. Nos falta decir que intervendremos en todas partes, que defenderemos nuestro derecho por todos lados. Si las posibilidades de transformación de la humanidad se hacen realidad, será porque los hombres y los movimientos habrán decidido intervenir en todas partes. Por ejemplo, si lo que pasa en Rumanía no es admisible, pues estos hombres y estos movimientos acuden a Rumanía a combatir el poder rumano, en lugar de decir: somos occitanos y nos ocupamos de lo que ocurre en Occitania donde lo sabemos todo. Nos oponemos a una sociedad que fomenta las secesiones de cada comunidad –una teoría de comunidad, de lengua, de cultura, de territorio, de religión -y que delega, a la vez, el poder de regulación a un orden abstracto, conceptual, teatral-. Sólo podemos hacerla proclamando el mismo deseo de ingerencia. El «pobre mundo», el pensamiento minoritario tiene también -como toda

minoría que lo sea e intente seguirlo siendo- vocación de intervenir en todas partes, de sentirse en su casa, en todos los sitios desafiando las barreras de religión, lengua, cultura o territorio. Tenemos vocación de ser, antes o después, una población inmigrada, pueblos nómadas.

Se puede sonreír. Cuando Jean Paul Kauffmann fue detenido en Beirut, propuse que todos los que quisieran su liberación no se reunieran sobre un barco al borde del Sena, si no era para decir: «él está allá, lejos, vamos allá». Dos mil, cinco mil, diez mil personas al Líbano. Si no pueden permanecer mucho tiempo, que se sucedan esperando su liberación. Esto no es ninguna garantía, pero habríamos dicho algo, simplemente así disponemos de nuestro cuerpo, del empleo de nuestro tiempo, de nuestras vidas. Entonces, ¿por qué no ir? El 3 de agosto, en Kuwait, la militarización del conflicto hizo que estuviéramos ya cogidos. Pero esto no impide soñar. La iniciativa es siempre una fuerza de estorbo. Que se diga un día: allá lejos se mata a los Kurdos, ¡Vamos! El estorbo hubiera sido que estuviéramos. ¿Qué habría hecho Occidente que no decía nada y que amó a Saddam Hussein? Y él, Saddam Hussein, ¿qué habría hecho? ¿Habría matado a los miles de jóvenes y menos jóvenes que hubiesen llegado de aquí?

Imaginémonos que tengo razón. Esta será desde luego la obra de una minoría e incluso de una minoría entre todas las minorías. De los que sufren más aunque su sufrimiento sea invisible. Los niños. Y los niños ya en vías de ser exterminados por las formas actuales de guerra, por el enfrentamiento entre el islamismo y América. Son sus vidas las que están en vías de destrucción, y un día se darán cuenta. Sin darse cuenta, se darán cuenta y actuarán. Y vía a ello, deberán inventar algo. Observad, están dispuestos a todo. Clemenceau hizo disparar a los inválidos de guerra. Antes o después, los americanos dispararán en su pro-

pia casa contra una manifestación de hombres y mujeres con Sida. Los americanos dicen que han golpeado al corazón, es decir a Bagdad. Golpear al corazón es golpear allá de donde proceden todas las circulaciones. Golpear a alguien allá de donde procede su vida. Los niños son el corazón de la humanidad. Uno no se imagina que las fuerzas del nuevo derecho internacional no golpeen un día a ese corazón. Aunque alegremente pronunciado por todos, la palabra «derecho» tiene una malignidad horrorosa. El derecho es terrible. El derecho es trágico. El uso democrático del derecho hiere y mata, los que usan del derecho no tienen a nadie frente a ellos. Ninguna fuerza que no haya consolidado o armado. Sólo se tienen a ellos mismos como interlocutores. Son capaces de todo. De erradicarlo todo. Matar todos los acimuts.

Por su relación con la fuerza feroz de la soledad, nadie puede ni sabe construir ni gobernar las fuerzas de la ruptura. Son frágiles, y cualquier cosa nos parecerá que puede acabar con ellas, y puede ser, por tanto, que nada acabe con ellas. Estarán en un estado perpetuo de modificación para escapar a la luz y a la identificación del ordenador central. Dejemos a nuestros adversarios derribar, desacreditar la democracia. Nosotros debemos inventar un mundo nuevo. Nosotros estamos a punto de la inmensa y terrible risotada de un monstruo que se burla de todo y que se cree eterno. Ser perpetuo de todo y de todos. Los primeros tocados, las primeras víctimas, que se abran un camino en este océano de cinismo. ¿Dónde está la orilla? ¿Dónde está la salvación? Nadie sabría decirlo. Pero hace falta una fuerza imaginativa e inventiva que proclame el primer asalto, ya que es tan minoritaria como no lo había sido nunca, ya que enfrente el orden es tan totalitario como no lo había sido jamás ya que su primer arma es la certeza absoluta de tener la razón.

M. Butel

UNA GUERRA ESTÁ TAPANDO OTRA

La escenificación del matadero actual se levanta por encima de la barbarie diaria de las relaciones capitalistas. Es una de estas anécdotas espantosas del poder de los muertos por encima de los vivos, una variante de la historia de ricos y pobres que llenan con su susurro incesante la noche de la alineación.

Es casi imposible reconocer los hechos mismos de la niebla formada por la censura y el adorno ideológico que lo cubre todo. Los hechos se han convertido en irreales y por lo tanto poco importantes.

Pero si nos ponemos a ver los efectos a que fueron sometidos los acontecimientos tras diversas falsifica-

ciones durante su proceso de publicación, entonces es posible afirmar que la destrucción de amplias áreas de Kuwait y de Irak benefició temporalmente en varios aspectos a Estados Unidos:

- USA pidió y cobró de sus aliados costes de guerra por un valor aproximado de 70 millones de dólares.

- Los medios de destrucción inutilizados de los militares norteamericanos, están vendidos, un nuevo desarrollo de armas y una nueva producción armamentista están asegurados.

- Se evitaron otros costes de guerra (pensiones para viudas de guerra, para mutilados, compensaciones, etc.,

como aquellos que han sido provocados por la guerra del Vietnam) que hubieran pesado únicamente sobre la economía de USA.

El ejército de USA se ofrece como tropa internacional de mercenarios, las cuentas se hacen después.

- Los empresarios norteamericanos, a través de intrigas y engaños, consiguieron asegurarse la mayor parte de los pedidos para la reconstrucción de la industria destruida y la infraestructura de Kuwait (más de 1.000 millones de dólares).

- Las maniobras político/militares desde el verano del 90 conllevan a la instalación duradera de tropas norteamericanas y europeas en esta parte de la región árabe.

USA consiguió presentarse como el poder militar más fuerte del mundo y asegurarse el dominio en esta cámara de lechuzos, que es la ONU y que legitima la hegemonía de las zonas industrializadas sobre las «zonas terceras». La política de la intervención militar directa, levanta de nuevo su mano mórbida en señal de victoria después de su derrota en la guerra del Vietnam. Se infligió un cruel castigo ejemplar a las «zonas terceras», una amenaza permanente, parecida a las columnas de humo de la industria petrolífera ardiente que se levanta sobre ellos.

Se tapó la percepción de la crisis interior de USA con pegajoso patriotismo supeditado luego por el delirio organizado a causa de la victoria. El paro masivo, la falta de vivienda para millones y la miseria han sido reducidos otra vez a la infortuna personal.

Hay una segunda condición esencial que hacía posible esta guerra, de esta manera y en aquellos momentos, aparte de la depresión y de la miseria creciente en USA y para cuyo mangoneo ya no existen instrumentos financiero/políticos: esto es, el desmoronamiento de los estados monolíticos y feudo-socialistas de Europa Oriental, en especial la profunda crisis social y económica en la URSS.

Al margen de estos puntos que se analizan de manera más o menos profunda en las diversas observaciones serias sobre estos acontecimientos, se puede llegar a un acuerdo bastante homogéneo. Hay también otros aspectos que nos parecen esenciales:

Primero, la envergadura de una escenificación medial y la representación de la guerra han alcanzado una nueva dimensión que ya habíamos anticipado en nuestra conciencia con «la sociedad del espectáculo» y que ha generado a nivel mundial un grado de simulacro de la información que penetra todos los niveles sociales.

La necesidad de la guerra se tradujo en imágenes. Se proyectó la propia potencia para la apocalipsis (precitaciones atómicas, fin del mundo por la bomba «última», destrucción química y biológica de todo el

planeta) hacia un ejército que fue declarado sin más escrúpulos el cuarto más fuerte del mundo a pesar de ser sólo uno de aquellos en un país al margen de las «zonas terceras», en una región donde el colonialismo en vías de desaparición había dispersado sobre el mapa con un último gesto una buena docena de déspotas autóctonos como administradores de estas cabezas de puente.

Todos los impulsos destructivos y agresivos se dirigieron hacia el poder personificado de Sadam Hussein y culminaron al final en la fórmula universal Hussein = Hitler.

Intelectuales como por ejemplo Bierman o Enzensberger que tenían últimamente problemas por su pérdida de influencia, sobre todo debido a los cambios del paisaje europeo de los últimos meses, no dudaron en aprovechar la oportunidad para convertirse servilmente en la retaguardia y como patriotas razonables («cuesta víctimas, pero hay que hacer la guerra»), se convirtieron en productores de la ideología de guerra al servicio del Estado para encubrir el atraso y el despotismo que realmente gobiernan en ésta y en aquella región.

Desde las mismas oficinas para el mantenimiento de la publicación confusa diaria, se cargó cínicamente la responsabilidad por el aplastamiento de las revueltas contra el régimen de Hussein sobre la gente que había intentado evitar esta guerra. Con todo, se ve que el movimiento de oposición irakí fue camelado a una trampa parecida a aquella en la que cayó antes Hussein en su intento de incorporar Kuwait a Irak. Aún cuando la propaganda aliada les animó a la revuelta con la perspectiva de una derrota inmediata y posible de Hussein, las tropas aliadas luego posibilitaron a los restos dispersos del ejército irakí y a la Guardia Republicana a concentrarse y dirigirse contra los insurgentes.

Para el desarrollo posterior de esta región existían dos riesgos incalculables para los aliados que no estaban dispuestos a correr: ni el peligro de una República Shiita en Irak, ni el peligro de un Estado Autónomo Kurdo. Sólo el régimen despótico y gravemente tocado de Hussein puede garantizar actualmente para ellos una estabilidad en la región destruida y una continuidad de la política imperialista.

Después de que los militares iraquíes (cuyas armas no tenían ni el ápice de una oportunidad contra el equipamiento de los aliados pero sí constituían un potencial mortífero para los insurgentes) hubieran aplastado los grandes movimientos en el Sur y en el Norte del país, la máquina de propaganda de los aliados cambió en favor del «humanismo». Bajo el pretexto de la ayuda se instalan campos para los kurdos refugiados o se trasladan shiitas y kurdos a Arabia Saudí.

Una vez más se puede escenificar la farsa de los «liberadores aliados» en contra de la sugestión de la propaganda aliada según la cual la guerra fuese posible sin pérdida de vidas humanas, gracias a las armas de alta tecnología de última versión, las bombas dispersadas a través del país mataron con la misma seguridad que en todas las demás guerras.

La región estará envuelta durante años en el hedor de petróleo ardiente y cadáveres de los humanos y animales. A los muertos innumerables causados directamente por los bombardeos, hay que añadir aquellos que han fracasado en la revuelta así como la desertificación de las zonas bombardeadas. La destrucción de la infraestructura técnica de estos países hará crecer aún más la montaña de cadáveres, agravándose la situación tanto ahora como en los años venideros a consecuencia de las epidemias, hambrunas, falta de agua y alimentos, así como las consecuencias observadas acerca del sistema ecológico.

Esta guerra forma parte también de los esfuerzos estratégicos claramente detectables de las sociedades mercantiles de Europa. La homogeneización del capital europeo, la eliminación de las fronteras intereuropeas llevan a un aplazamiento de éstas hacia la periferia del Sur y del Este. En el Sur, más allá del Mediterráneo, comienza el levantamiento de una barrera de los países ricos contra los países expoliados por el mercado mundial (los acontecimientos de Brindisi demostraron, aún en suelo europeo, a donde se piensa llegar).

Hacia el Este las demarcaciones fronterizas empiezan a debilitarse para crear posibilidades de expansión en favor del capital transnacional europeo.

Esta guerra y también su recepción pública aparecen en este proceso de homogenización mundial de todas las sociedades bajo el ritmo del trabajo y del capital como un acontecimiento natural e inevitable.

La imposibilidad fundamental de aceptar el mundo de las mercancías culmina en la pretensión impertinente de una confrontación armada, la imposibilidad de comunicar para el individuo en este mundo se invierte como en una farsa el reconocimiento histórico e inapelable de que los miles de años de existencia humana no llevan a nada más que a la destrucción mutua y a la explotación.

Sin embargo, la protesta de millones en muchos lugares del planeta, ha demostrado la debilidad del cuento sobre el «humano vegetal, que no sabe hacer otra cosa», a pesar de que no se impidiera esta vez la guerra ni que hubiera dado la vuelta al mundo. Comprender la condicionalidad de la historia, vivir los momentos de negación de estas condiciones y también los fracasos, aguantar todo esto es lo más difícil, sabiendo que los gestos de la insumisión y la asociación podrían quitar fácilmente el fundamento a este constructor totalitario y provocar su derrumbamiento.

Wolf, abril 1991.



Goya -¡GRANDE HAZAÑA! ¡CON MUERTOS!

LAS LUCHAS EN FRANCIA DURANTE 1990

Si se quiere hacer un balance lineal de lo que han sido las luchas en Francia durante 1990, se ve uno obligado a tener en cuenta estos tres aspectos:

- El sector público o privado de los servicios donde surgen no grandes huelgas sino más bien una multitud de luchas localizadas, sectorizadas, motivadas más por los cambios en las condiciones de trabajo que por causas salariales, son, a menudo, radicales por su autonomía, su duración y sus métodos de lucha.
- El sector industrial, público o privado, donde aparecen pocas luchas abiertas.
- Los sectores sociales al margen de las estructuras del aparato económico de donde emergen amplios movimientos como las manifestaciones de los estudiantes de los liceos o las explosiones locales de revueltas violentas como las de la periferia de Lyon, en Vaulx en Velin.

Esta división no quiere ser una simple clasificación; refleja las distintas reacciones de las diferentes bases o clases sociales frente a la reestructuración del capital en Francia. Para entender el ritmo de esta reestructuración, no debemos olvidar en ningún momento la debilidad estructural del capital en Francia ya que el capital especulativo ha tomado la delantera desde hace tiempo al capital industrial. Esta afirmación viene respaldada por las cifras: mientras que el sector industrial se hallaba menos desarrollado que en los demás países desarrollados, el porcentaje empezó a bajar más que en los demás países desarrollados y en la industria de extracción y manufacturada, la tasa pasó del 9,38% del PIB en 1974 al 7,44% en 1988 mientras que esta misma tasa estaba respectivamente en el 39 y 38% en USA, en el 15 y 12% en Japón, y del 15 y 12% en Alemania.

En el mismo período, el índice de producción industrial aumentaba un 15% en Francia frente a un 53% en USA, un 80% en Japón y un 29% en Alemania, lo que quiere decir que la reestructuración industrial es una exigencia mayor que en otros países, simplemente para que el capital francés pueda mantener sus posiciones en la competición mundial.

Nunca puede afirmarse que esta reestructuración industrial ha llegado a su fin ya que nunca se acaba; es simplemente la expresión de la dinámica del capital. Pero como señalaba *Usine Nouvelle* (4/10/90) hemos asistido de 1985 hasta 1989 a una «espectacular dis-

minución del peso de los salarios» (en 10 años la proporción de los salarios en el valor añadido ha caído 8 puntos con una caída del 92% al 56% en el sector del automóvil entre 1985 y 1989). En cierta medida se puede decir que la industria ha cogido por lo que esto respecta una velocidad de crucero:

- ha podido adaptarse a las fluctuaciones del mercado y a las posibles consecuencias de las luchas por el empleo por parte de una considerable masa de trabajadores precarios (un ejemplo, la huelga de los portuarios de Dunkerque permitió enterarse de que los 200 obreros que trabajaban en un alto-horno de SOLLAC eran casi todos interinos, lo que permitía su despido inmediato sin indemnización y el apagar el alto horno por falta de aprovisionamiento.
- dispone de capitales suplementarios debidos al crecimiento de la plusvalía arrancada por el capital, la contrapartida a la disminución de la parte de los salarios; de 1984 a 1989 los beneficios de las sociedades se han multiplicado por tres mientras que la parte global de los salarios disminuía en términos reales (una estimación de los ingresos de los hogares de octubre 89 a octubre del 90 daba un alza nominal de un 3,50% mientras que la tasa de inflación en el mismo período era de un 3,8% y que en esta estimación se habían incluido los ingresos agrícolas que habían crecido un 9,3% en 1989 y un 5,1% en 1990).

Esta holgura financiera permitió manipulaciones salariales en las empresas para asegurarse bases estables en la explotación, las categorías que poseían los salarios jerárquicos más elevados vieron sus ingresos anuales aumentados de manera superior a la tasa de inflación, bajo la forma de primas o de favores diversos. Pero para la gran masa de trabajadores, el año 1990 significó una disminución del nivel de vida; frente a una tasa de inflación del 3,8 el salario mínimo subía un 2,1 %, los salarios obreros una media de 2,5% , el de los funcionarios un 2,5% (de los que hay que deducir un 1,9% de aumentos individuales debidos a la antigüedad o a promociones internas), el de los empleados un 4,5%, el de los técnicos un 6% y el de los cuadros un 9% .

El verdadero sentido de estos aumentos debe considerarse teniendo en cuenta la estructura del empleo: en 1989, 27,4% de los asalariados son empleados y el 28,4% son obreros; el 25% del conjunto de los asalariados cobra el salario mínimo (SMIG) o menos. A estas divisiones salariales puede corresponder una divi-

sión de las luchas y una combatividad mayor en el plano individual o en pequeños grupos.

Esta dispersión puede aumentar debido a las modificaciones en las condiciones de trabajo. Durante los tres últimos años, la duración media semanal del trabajo ha aumentado 1/2 hora debido principalmente a la práctica de las horas extraordinarias (uno de los medios para lograr la disminución de los salarios); durante el mismo período se ha desarrollado el trabajo en equipo con tendencia al trabajo del week-end (o sea una utilización más intensiva del capital fijo). Por ejemplo, Peugeot ha reorganizado recientemente el trabajo en su fábrica de Poissy haciendo funcionar las máquinas 20 horas sobre 24 horas, con un horario de 9 horas y 37 minutos diarios durante cuatro jornadas librando dos fines de semana de tres días cada cinco semanas, lo que permite fabricar 250 coches más por día. La presión global sobre los asalariados ha hecho que hayan disminuido desde 1975 el número de horas perdidas debido a la huelga pero, las cifras deben leerse con cierta suspicacia ya que por una parte nos dan cuenta de la pérdida de influencia de los sindicatos en sus intentos de acciones simbólicas y puntuales y por otra que tanto sindicatos como patronal no tienen ningún interés en dar publicidad a los conflictos de base salvo cuando no les queda más remedio.

Otra de las consecuencias del crecimiento de la parte de plusvalía usurpada por el capital la podemos hallar en la reestructuración del capitalismo francés. Como dice el artículo que ya hemos citado de *Usine Nouvelle*: «Las empresas que han podido reducir la carga de los gastos de personal son las que poseen mejores armas para enfrentarse a las dificultades actuales.» Si los costes del trabajo por unidad de producción han crecido enormemente desde 1987, han crecido menos en Francia que en Alemania, por ejemplo: las inversiones industriales crecieron en volumen un 11% durante el 88, un 8,2% durante el 89, un 9% durante el 90 (13% en valor); los gastos dedicados a la investigación aumentaron un 14,3% en 1989 frente a un 8% en el 86 a un ritmo más rápido que en los demás países industrializados pero todo y con esto están muy por debajo de lo que representan en estos otros países ya que sólo significan un 2,3% del PIB contra cerca de un 3% en USA, en Japón o en Alemania.

La reestructuración del capitalismo francés apoyado por estas posibilidades financieras se ha orientado hacia distintas vías impuestas por la competencia internacional:

- El desarrollo de las implantaciones en el extranjero principalmente mediante compras de empresas similares, en parte para abrirse un espacio en mercados protegidos como en USA o en los países del Este, en parte para hacer frente a las dificultades del Mercado

Común. Se puede hablar de una internacionalización del capital en Francia lo que evidentemente tiene sus repercusiones en las condiciones de explotación de los trabajadores en Francia al dar a las firmas posibilidades de maniobra más amplias que las que podrían ofrecer los estrictos límites del territorio francés.

- La continuación de la modernización tecnológica, o sea, el desarrollo del capital fijo a medida que se comprime el capital variable. La modificación de las condiciones de trabajo que ya hemos evocado más adelante, la reducción del empleo en el sector industrial y la utilización de una mano de obra temporal son la consecuencia de estas mutaciones que inciden igualmente y de manera directa en los métodos de lucha de los trabajadores.

- La debilidad estructural del capitalismo en Francia obliga a mantener un intervencionismo por parte del Estado bajo la forma de empresas nacionalizadas y de apoyo directo o indirecto a ciertas actividades. La existencia de un sector estatal importante es sin embargo sensiblemente diferente de lo que fue hace cuarenta años. Empresa del Estado no significa de ninguna manera oposición al sector privado y protección de los asalariados por un estatuto preferente.

Se da una interconexión estrecha entre público y privado ya sea en el sector bancario o industrial y una aplicación de los criterios de rentabilidad sin ninguna distinción. Del lado del capitalismo aparecen unos polos de agrupamiento en los que los lazos banca-industria se expresan mediante una misma estrategia; del lado de los trabajadores se intenta una unificación de las condiciones de trabajo y de salarios entre público y privado. El sector público aumenta una estrategia industrial que lleva desarrollándose desde hace algunos años consistente en conceder trabajo que antes le era propio a pequeñas empresas «independientes» pero atadas lo más posible a las tareas de aprovisionamiento o de mantenimiento; el beneficio que obtienen estas empresas, está en relación a los bajos salarios que paguen y a la agravación de las condiciones de trabajo que resulta de este proceso.

Frente a la casi total ausencia de luchas «en el sector industrial» el sector «servicios» ya sea público como privado no ha dejado de agitarse mediante movimientos de muy diversa procedencia que, aunque no han tenido el eco de las grandes huelgas de los ferroviarios, de las enfermeras o de los impuestos no por esto han dejado de presentar características similares. Estos movimientos se han articulado alrededor de dos ejes:

- La continuación de la reestructuración en el sector de los servicios que actúa con la misma tendencia de manera a aumentar la parte de plusvalía conservada por el capital (tendencia a veces indirecta debido a

la disminución de la presión fiscal y social, del coste de los servicios, etc...), y consumada en los servicios. Como esta reestructuración lleva retraso con respecto a la de los sectores industriales es normal que los movimientos de lucha más importantes se desarrollen en estos sectores. La concentración de los sectores financieros se une a la irrupción de las innovaciones tecnológicas que, con el mismo retraso que en los sectores industriales, acentúa los efectos de esta reestructuración.

- Parece que sindicatos y directores de empresa hayan entendido el riesgo que comporta el desarrollo de organismos autónomos del tipo coordinadoras, surgidos de los enfrentamientos demasiado directos y demasiado generalizados con ciertas categorías de asalariados principalmente de los servicios públicos a escala nacional. El fracaso relativo de las coordinadoras y su recuperación política ha permitido el hecho de que los asalariados implicados no hayan buscado o bien hayan rechazado una extensión de su movimiento que llevaba al fracaso o a una excesiva localización.

Las reestructuraciones han producido, como en la industria, una parcelación de empresas, de categorías, locales, etc., cuyos efectos lo mismo que las estrategias anti-coordinadoras llevan a una parcelación de las luchas.

Un ejemplo de esta situación lo pueden dar las luchas en la recogida de basuras de París donde se desarrollaron largas y duras huelgas:

- 24 días de huelga en mayo realizada por los barrenderos de París por problemas de salario y que vuelven al trabajo por 150F al mes (2,50%); se trata de empleados municipales.

- del 18 al 25 de setiembre, los barrenderos de las Halles de París en Rungis y que obtienen una prima mensual de 500F al mes (se trata de una sociedad privada)

- del 18 de setiembre al 1 de octubre una parte de los conductores de contenedores de basura de París (los que todavía son empleados municipales) y que piden un cambio de categoría.

Sólo afecta a unos pocos distritos de París ya que los demás están cubiertos por conductores empleados de distintas compañías privadas y no se hallan en huelga (en cierta manera harán de amarillos).

De esta manera, asalariados de una misma aglomeración, que realizan el mismo trabajo para el mismo organismo (el Ayuntamiento de París), y teniendo el mismo puesto de trabajo pueden hallarse empleados por sociedades distintas, con estatutos diferentes y por lo tanto llevados a luchar de una manera localizada y sectorial casi en el mismo período de tiempo. Se puede pensar que la debilidad en la lucha por esta limita-

ción ha llevado a usar métodos más duros, por ejemplo los conductores de contenedores bloquearon los depósitos de basura y las fábricas de incineración.

Se encuentra una situación parecida la aviación, un sector en plena transformación a causa de la desregulación y de las concentraciones. Muchas veces, en abril y julio, los controladores aéreos, a veces de un solo centro han perturbado muy seriamente el tráfico; el 11 de diciembre los controladores de Athis Mons cerca de París hacen que deban anularse 2/3 de los vuelos de salida de los aeropuertos parisienses. Estas perturbaciones alternan con vueltas al trabajo y repeticiones los viernes contra la compañía Air Inter por motivos de salarios y condiciones de trabajo; otras huelgas locales como en Niza del 15 al 27 de noviembre debido a una reorganización del trabajo de los portadores de equipajes de Roissy. En ningún momento ha habido una movilización general ya que aquí también los trabajadores implicados pertenecen a sociedades y categorías distintas.

En este mismo sector de transportes, las huelgas aparecen endémicas pero sin ir más allá de problemas locales. Un ejemplo típico nos lo ofrece la huelga de los transportes urbanos de Montpellier que dura 14 días con ocupación de las cocheras por los conductores de donde serán expulsados por la fuerza. A finales de junio los marinos de Sealink en lucha por unas mejores condiciones de trabajo bloquean el puerto de Calais. La totalidad de los 1100 portuarios de Dunkerque, el tercer puerto de mercancías de Francia bloquearon el puerto incluso para las líneas de ferrys durante 33 días en octubre contra la reestructuración del puerto que comportaba despidos y modificación de las condiciones de trabajo y de remuneraciones lo que constituye una especie de privatización. Esta huelga acabará sin haber obtenido nada en el momento que SOLLAC, la acería que utiliza principalmente el puerto, haya cortado su producción poniendo bajo mínimos su principal alto horno y esté a punto de hacer lo mismo con un segundo por falta de aprovisionamiento. Los marineros de la SNCM bloquean prácticamente Córcega del 3 al 12 de noviembre.

Después de la huelga de los ferroviarios del 85-86, la SNCF conocerá continuos movimientos oscilando entre las jornadas de acción de los sindicatos seguidas más o menos de manera desigual y una serie de movimientos salvajes locales y muy limitados seguidos como en Niza en mayo o en la región de Chambéry donde la huelga durará 10 días a causa de la reestructuración, igualmente en mayo (con secuestro de la dirección incluido); pero no se extenderá a ningún sitio más.

Otros conflictos salvajes puntuales a menudo referidos a problemas de seguridad lograrán parar de manera brusca las líneas de cercanías de París de la SNCF y

se unirán a toda una serie de conflictos en los transportes urbanos cuyo mejor ejemplo es el que hemos citado de Montpellier. Estas huelgas duras y, a menudo, espontáneas no afectaran solamente al metro y a los autobuses de París sino también a la mayor parte de los transportes urbanos de las capitales de provincia sin ningún lazo entre ellos a no ser la diversidad de los mismos problemas que van desde reestructuraciones de condiciones de trabajo a la seguridad.

En el sector hospitalario hallamos la misma extensión de las grandes huelgas salvajes anteriores en una multitud de pequeños movimientos; aunque estas luchas son categoriales no serán ni locales ni puntuales: los internos de los hospitales realizarán 6 semanas de huelga en enero por razones complejas de honorarios, el personal administrativo (8.000) inaugurará una forma de lucha consistente en negarse a extender los documentos para el cobro de los gastos de internamiento y constituirán un colectivo de coordinación, el personal de las lavanderías de hospital (600) hará una huelga a finales de junio, bloqueando la admisión en los locales; los obreros de mantenimiento (5.000) ejercen acciones diversas sobre su estatuto y sus condiciones de trabajo.

En el sector audiovisual, las luchas se repetirán aunque de manera dispersa: contra los despidos en FP en junio del 90, 13 días en mayo por salarios y condiciones de trabajo (donde la ocupación levantará de nuevo un conflicto base-sindicatos) en FR 3 una huelga de tres semanas a final de año sobre salarios y condiciones de trabajo.

Podemos poner en paralelismo las luchas de la BNP y en la CPSS de Essonne respectivamente en relación al conjunto de la profesión bancaria y de la Seguridad Social. En los dos casos, estas luchas revelan las transformaciones de toda una profesión, pero al mismo tiempo, su localización, se justifica en la forma de estas transformaciones en sectores limitados. El sector de la banca no sólo ha visto reducir sus efectivos a un ritmo de un 1 o 2 % anual sino que también ha sufrido un cambio en las condiciones de reclutamiento y de trabajo. Las 2/3 partes de sus efectivos tienen entre 25 y 40 años; los nuevos contratados deben ser cada vez más especializados y cualificados y a menudo ocupan los puestos a que hubieran tenido acceso los más antiguos en otros tiempos. De esta manera todo el sistema de ascensos queda paralizado. Esta situación se repite en el conjunto de toda la banca, pero parece que en este banco nacionalizado, la BNP, la presión es lo suficientemente fuerte como para llevar a 300 empleados de un centro especializado de París a ponerse espontáneamente en huelga el 12 de diciembre por toda una serie de reivindicaciones entre las que había salariales. La huelga durará 44 días con asambleas casi diarias, una coordinadora que se

transformará en comité de huelga, un diario de la huelga *Tache d'huile*. Pero todas las tentativas para arrastrar en la lucha al conjunto de este banco o al resto del sector bancario fracasarán no obstante la ocupación permanente del centro en huelga, acciones espectaculares, manifestaciones importantes. En cierta medida, estamos ante un conflicto en declive, mal definido que expresa un combate global que las reivindicaciones inmediatas no pueden expresar y que no llega a definir una forma de acción que lo liberaría de las estructuras de dominación del trabajo y regulación de los conflictos. Algo de esto ocurrió ya en luchas anteriores por ejemplo en las luchas de la SNECMA en 1989.

La huelga en la Caja Primaria de la Seguridad Social de Essonne es más consecuente. Pero presenta características similares a la del BNP. Dura cuatro meses en otoño de 1990; se ocupa del conjunto de las condiciones de trabajo en una Caja Provincial piloto en la reorganización del trabajo. Allí también se ocuparán los centros de trabajo, pero a pesar de todos los esfuerzos de los empleados, la huelga no se extenderá a otras provincias que, sin embargo, poseen centros parecidos. Si el conflicto parece sencillo con respecto a las relaciones con los dirigentes de la Caja, se presenta mucho más complejo en lo que se refiere a las relaciones sindicato, gobierno, médicos, lo que da pie a muchas manipulaciones y follones. De todas maneras la firme voluntad de querer mantener las riendas del movimiento en sus manos hará que, al contrario de lo que ocurrió en el BNP, los de la CPSS de Essonne vuelvan al trabajo habiendo conseguido parcialmente lo que reivindicaban.

De manera mucho más clara que en el sector industrial estas luchas nos revelan una situación latente que puede evolucionar en dos direcciones:

- una ampliación de los conflictos localizados.
- una vuelta a las formas de lucha más individualizadas y menos abiertas. Por ejemplo, es cierto que los largos conflictos del BNP, de la CPSS de Essonne o de la NCF de Chambéry pertenecen en el tiempo a una huelga que se va deshojando, expresando el «malestar» del conjunto de los asalariados ante las presiones del capital en las condiciones de trabajo y en los salarios, más que reivindicaciones concretas.

Este «malestar» existe también en aquellos sectores sociales que no disponen de medios de acción sobre la producción o sobre los usuarios y que no tienen otro medio de acción colectiva que la calle para el enfrentamiento directo con las fuerzas de orden público para obtener una decisión política que pueda cambiar su condición o sencillamente afirmar, de manera consciente o no, que están hartos de su condición y de su revuelta. El hecho de que el poder político ceda o se asuste ante tales movimientos puede ser

la señal de una debilidad política y del miedo de que pueda servir de ejemplo para los movimientos de lucha de los trabajadores (la huelga general de mayo-68 y la huelga de los ferroviarios de 85-86 tuvieron su origen en acciones de calle). Pero estos movimientos permiten también todo tipo de manipulaciones. La amplitud del movimiento de los liceos en otoño del 90, más allá de las reivindicaciones de subvenciones, locales, enseñantes y de «seguridad» traducen el malestar de los jóvenes ante la incertidumbre de su futuro y la mediocridad de la sociedad. Se unen de esta manera a la revuelta cotidiana –y dado el caso, no desautorizan la parte violenta de sus manifestaciones– de los jóvenes marginales y futuros precarios de la sociedad capitalista «moderna» de hoy. La explosión de Vaulx en Velin, ciudad de 15.000 habitantes en los alrededores de Lyon con un 17% de parados y la mitad de la población sin obligación de declarar debido a la miseria de sus ingresos, no es excepcional de ninguna manera ni para ellos ni para los cerca de 400 barrios declarados «en crisis» por el poder para el conjunto de Francia, ni para los grupos mucho menos localizados, o individuos marginales y precarios. Así como las huelgas no son más que formas abiertas de una lucha constante contra las condiciones cotidianas de explotación, estas explosiones no son más que las formas visibles de una violencia contra una condición y una represión cotidianas. Las manifestaciones de los estudiantes de los liceos han demostrado cómo estas manifestaciones pueden integrar esta violencia general y aceptarla. Lo mismo sucedería si las luchas obreras se generalizaran. Pero el conjunto de las luchas de 1990 han demostrado que la sectorización y la parcelación habían impedido cualquier movimiento de conjunto y devuelto la resistencia a lo cotidiano.

Según las estimaciones financieras, el período de «vacas gordas» se habría acabado para el capitalismo francés. La «vuelta atrás» en la tendencia al desarrollo que han sufrido USA y Gran Bretaña durante el último año llega ahora a Francia; a finales del 90, la ma-

yor parte de los beneficios de las empresas han disminuido arrastrando una carga creciente de deudas (contratas para inversiones, fusiones o compras). El resultado se traducirá en despidos, una mayor presión sobre los salarios y las condiciones de trabajo, la rapidez en las reestructuraciones principalmente en el sector servicios donde se han registrado mayores resistencias a las transformaciones en curso. Conflictos del mismo tipo (duros pero sectorizados) que los de 1990 pueden dar lugar a conflictos más generales y generalizados. Las empresas y el poder político no dominan los resortes con los que pueden manipular las categorías creadas para impedir dicha generalización lo mismo para intentar arrancar una parte más grande de plusvalía. Dependerá de la amplitud del ataque capitalista hacia las categorías que se encontraban, tanto desde el punto de vista de los salarios como de garantía de empleo, un poco al abrigo de las reestructuraciones.

La Guerra del Golfo ofrece al poder político una oportunidad de disfrazar durante un tiempo el aumento de la presión hacia los trabajadores; lo que el gobierno puede proponer tanto a la patronal como a los trabajadores es lo que Rocard, primer ministro, pedía recientemente cuando exhortaba a cada uno «al esfuerzo» a «una moderación salarial». Cuando se tienen en cuenta las tasas de aumento para 1990 se puede dar una cuenta en qué consistirá esta «moderación». El «malestar» del que hemos hablado no puede más que crecer al mismo tiempo que crecerá la deserción de las estructuras tradicionales de encuadramiento: partidos políticos, sindicatos y sus formas de acción que proponían a los trabajadores, al conjunto de los explotados. Esta situación no puede sino presagiar una transformación de las actitudes en la cotidianeidad del trabajo y en el cotidiano «social», la persistencia y el desarrollo de las formas de resistencia colectivas donde la violencia se hallará cada vez más presente.

H. Simon, febrero 1991.



FORDISMO DISPERSO Y NUEVA ORGANIZACION DEL TRABAJO: ¿HACIA UN NUEVO TIPO DE LUCHAS?

El sector del transporte por carretera en España, que según fuentes de la CEOE mueve el 75% de la mercancía, vivió durante once días de octubre (entre el 10 y el 20) unas de las jornadas más conflictivas de los últimos años a causa de la convocatoria de una huelga por parte de los sindicatos aglutinantes de los «autopatronos».

Básicamente, el transcurso de la huelga se podría cifrar en un típico conflicto de intereses entre grandes y pequeños transportistas. Es decir, un enfrentamiento entre las grandes organizaciones patronales, que controlan la mayor parte del mercado del transporte de largo recorrido, y los pequeños transportistas (propietarios de uno a cinco camiones). Como conflicto de intereses entre dos fracciones del capital del transporte, la plataforma reivindicativa de los sindicatos convocantes -que según la prensa, representaban al 15% del sector- se concretaba en una serie de cuestiones relativas a la defensa de un espacio de intervención dentro del provechoso mercado del transporte (exigiendo la intervención del gobierno contra los transportistas «ilegales», por ejemplo), así como otros aspectos referidos a la fijación de las tarifas, inspección, jubilación, etc. O sea, desde el punto de vista de las fuerzas en juego, la huelga de los camioneros no justificaría el interés que se le presta en estas páginas.

El colapso

Como viene siendo habitual en los últimos conflictos en España la huelga transcurrió dentro de una estricta esfera corporativa, aunque fue capaz de generar un fuerte clima de tensión (enfrentamiento con la policía, persecución de esquirols, quema de camiones, colapso de las entradas y salidas de las autopistas y carreteras nacionales). Pero esto no fue lo realmente significativo. Tal como reconocía la prensa en su afán descalificador, sólo secundaron la convocatoria de huelga una minoría de los transportistas, y ni siquiera en todas las provincias; sin embargo hay que reconocer el extraordinario impacto de su acción.

A los pocos días de que los camioneros atravesaran sus vehículos en las carreteras y entraran en acción los piquetes, el desabastecimiento de las grandes ciudades se hizo evidente hasta el punto de vaciarse las estanterías de los supermercados (Bilbao, Cataluña)

además de escasear algunos productos (entre ellos, el pescado) en los mercados centrales de Madrid y Barcelona. Pero las consecuencias en el sector industrial fueron de mucha mayor magnitud. Aunque la CEOE y las organizaciones patronales mayoritarias tendieron a magnificar las pérdidas (hablaban de cifras que oscilaban de los 50.000 millones de pesetas hasta los 200.000 millones), el hecho es que la amenaza de cierre total se cernió sobre los cinturones industriales de las principales provincias españolas (Madrid, Zaragoza, Barcelona, Guipúzcoa). Sirva a modo de ejemplo: General Motors cerró; Firestone, Nissan y Seat, pararon sus cadenas de montaje, así como Citroen. Otras muchas empresas sufrieron interrupciones en su proceso productivo, como Fasa-Renault, Michelin, Ford (que fletó 25 aviones para proveerse desde sus factorías del Reino Unido y Alemania), la industria química de Tarragona y un sinnúmero de industrias de menores dimensiones. Además, la frontera de Irún fue bloqueada por los camioneros.

Optimización del trabajo y vulnerabilidad del proceso productivo en el fordismo disperso

A pesar del carácter espectacular que revisten algunos conflictos, a lo que contribuyeron los llamados medios de comunicación con su campaña de descalificaciones contra los huelguistas y de siembra de alarmismo entre la población (la gente se lanzó a aprovisionarse de mercancías como si de una inminente guerra se tratase), la huelga de los camioneros adquiere una dimensión significativa que excede los términos en que formalmente se ha planteado.

Y este excedente significativo se refiere no sólo a las enormes repercusiones económico-sociales de lo que, en cualquier caso no era más que una acción minoritaria, sino porque puso de manifiesto las profundas debilidades estructurales del proceso productivo surgido de la reestructuración capitalista de los años 80, así como los límites objetivos de las modernas técnicas de organización y gestión de la fuerza de trabajo.

El ciclo de reestructuración capitalista que caracterizó la pasada década tuvo como horizonte una doble estrategia, el resultado de la cual ha sido lo que se ha dado en llamar fábrica difusa o fordismo disperso. Para los estratagemas empresariales se trataba de vencer en

primer término, la resistencia de los trabajadores y su fuerza de presión en el terreno mismo de la producción, por medio de la dispersión de las grandes masas de trabajadores que se habían ido formando en torno a los centros productivos que aparecieron después de la II Guerra Mundial (y sobre todo, con el auge de la industria automovilística y de bienes de consumo).

La agregación masiva de la fuerza de trabajo en torno a la cadena de montaje de los complejos fabriles fue el fundamento de un ciclo de acumulación de capital que se extendería hasta entrados los años 70 y supondría la culminación de la organización científica del trabajo puesta en práctica por Ford medio siglo antes; una organización que junto a la agregación masiva de trabajadores se articulaba sobre la parcelación y descomposición de los movimientos físicos del trabajador en torno a la cadena de montaje, que estuvo en el origen de numerosas resistencias, huelgas y sabotajes. Pero la aglomeración industrial también suponía la constitución de una fuerza de presión social y económica por parte de los trabajadores que, a través de sucesivos ciclos de luchas reivindicativas (sindicales y autónomas) fue erosionando la tasa de acumulación en los países industrializados. A finales de los años 70 la crisis de beneficios llega a un punto en que se hace inevitable una reorganización en la gestión de la fuerza de trabajo y una intensificación de la explotación de la misma que hiciera posible la recuperación de la tasa de acumulación de capital. Época de pactos sociales, de políticas de austeridad y de modelos neoliberales que vinieron a socavar los fundamentos del «Estado de bienestar».

En consecuencia, la segunda orientación estratégica del capital en la reestructuración acometida en la pasada década, se cifraba en la recomposición del proceso productivo de manera que, además de vencer la resistencia del obrero-masa, fuera capaz de dinamizar el ciclo de acumulación, para lo cual contaba con la implantación de la tecnología electrónica y el nuevo sistema de comunicaciones industriales. Así, pues, la puesta en práctica de esta doble estrategia trajo como resultado la disgregación territorial de los procesos productivos y una creciente flexibilidad de los mismos en virtud de las exigencias de un tipo de demanda flexible que hace necesaria la producción de pequeñas series de productos. (Las empresas intentan conseguir una cuota mayor de mercado en base a la introducción del diseño, la moda, etc.).

En los pasados años hemos asistido al desplazamiento de los procesos de montaje y acabado de los productos hacia la periferia capitalista, compuesta por países con una oferta ventajosa en cuanto al precio de la fuerza de trabajo y las garantías laborales (Turquía, Corea del Sur, Filipinas, Brasil, México). Esta dispersión a escala mundial tiene su correspondencia en el plano regional dentro de los mismos países industrializados. Así, vimos descomponerse los grandes

centros fabriles en un conjunto de pequeñas unidades productivas, extendiéndose el fenómeno de la subcontratación, por medio de la cual las grandes corporaciones industriales desplazan ciertas fases de la producción hacia otras empresas de menor tamaño que se encargan de proporcionar servicios y abastecer las piezas y componentes necesarios para el acabado final. En este sentido, la industria del automóvil, verdadero motor del desarrollo económico de los países capitalistas hasta los años 70, resulta ejemplar.

JIT y stock cero: la cadena logística de valor añadido

Como es comprensible, tal paisaje industrial pone de manifiesto nuevas exigencias en cuanto a las técnicas de organización del trabajo y de gestión de la producción. Es así como empiezan a proliferar las recetas y las consignas de la nueva cultura empresarial (just-in-time, stock cero, que persigue abaratar costes y no inmovilizar capital, calidad total, gestión de recursos humanos, etc.). De hecho, la denominada nueva cultura empresarial viene a responder a una nueva fase en la división del trabajo entre las empresas según lo que se ha dado en llamar la cadena logística del valor añadido; es decir un modelo de jerarquización de las distintas empresas que participan en la elaboración de un determinado producto (como por ejemplo, un coche, en cuya fabricación participan un gran número de empresas fabricantes de componentes o que llevan a cabo fases intermedias de montaje y operan en condiciones dictadas desde la gran firma que comercializa el producto final).

Para que la disgregación productiva sea realmente eficiente es necesaria una perfecta coordinación de los movimientos entre las empresas prestatarias y las corporaciones con las que mantienen vínculos de subcontratación. Es decir, que todo funcione según el principio del JIT que, en palabras del presidente de Nissan, primera empresa que lo puso en práctica para conectar sus fábricas en Japón y Gran Bretaña, consiste en tener los componentes necesarios «en el momento oportuno, en la cantidad requerida y en el lugar adecuado».

En realidad no se trata sino de una manifestación más de la subordinación del pequeño capital (empresa subsidiaria) al gran capital (empresa que fija el cupo de la demanda). Es, desde luego, una estrategia de transferencia de beneficios de las pequeñas unidades productivas hacia las grandes corporaciones industriales, que descargan de esta manera los costes de almacenamiento (stock cero) y la inmovilización de capital que comporta la existencia de stocks; al tiempo que permite desplazar las fases del proceso de producción que arrojan menor valor añadido hacia las empresas subcontratadas.

En lo que respecta a los trabajadores, este nuevo orden industrial representa una nueva vuelta de tuerca en la intensificación de la explotación de la fuerza de trabajo. La descomposición de las grandes agregaciones de masas de trabajadores se traduce en una pérdida relativa de la capacidad de presión característica del «viejo movimiento obrero», que tiene como una primera consecuencia la desvalorización de la fuerza de trabajo y el empeoramiento de las condiciones laborales. Es el fenómeno que conocemos como precarización. Una realidad que toma cuerpo en la multiplicidad de modelos de contratación (temporal) existentes en las empresas subsidiarias, que son además las únicas animadoras del mercado laboral, así como una reducción neta de los salarios y la limitación de otros recursos y derechos laborales (flexibilidad).

Resultado de todo ello, ha sido la fuerte jerarquización salarial y la disgregación del componente de clase asociado al obrero-masa y los comportamientos neocorporativos o profesionalistas que contraponen el obrero al parado, el contratado temporal al fijo, el trabajador del terciario avanzado (técnicos informáticos) al del terciario residual (funcionarios, servicios de limpieza), el profesional al no cualificado, etc.

Pero las nuevas fórmulas de organización y gestión de la producción socializada de mercancías, en su intento de resolver la resistencia consolidada en torno al obrero-masa, ha redimensionado las contradicciones inherentes a la relación social entre el capital y el trabajo. La diseminación productiva incrementa sustancialmente la vulnerabilidad del proceso. La conexión logística de las unidades dispersas (empresas) entraña una inevitable proliferación de puntos de sutura, en que se pone de manifiesto la vulnerabilidad del proceso. De hecho, para que las nuevas técnicas organizativas funcionen, no ya como modelos teóricos, sino en la práctica productiva, es necesario eliminar la posibilidad de cualquier eventualidad, retraso o situación imprevista que pueda colapsar el flujo continuo de las mercancías y componentes en el marco definido por el JIT (tanto en el proceso de producción propiamente dicho, como en el de la realización o puesta en el mercado). En realidad, para que todo funciones es necesario que «todos» los puntos de sutura del proceso, empezando por los trabajadores, se adecuen al fin preestablecido en el centro de decisión. El mínimo error en un nudo cualquiera de la red logística, sea voluntario (sabotaje) o involuntario, tiene un efecto multiplicador sobre el conjunto y lleva inevitablemente al colapso del proceso (productivo o de distribución e incluso de ambos). Así se puso de manifiesto en la huelga de Ford en Gran Bretaña o, más recientemente, en la de los camioneros españoles con que iniciábamos el texto.

De este modo, la vulnerabilidad formalmente subjetiva en que se traducía la agregación en la fábrica del obrero-masa, cuya intervención podía poner en jaque el proceso productivo, ha sido resuelta en el fordismo disperso, mediante la transformación de la vulnerabilidad formalmente subjetiva en la vulnerabilidad funcional, formalmente objetiva de la nueva organización productiva. Si nuestra tragedia individual es la de ser fuerza de trabajo, precisamente porque nos reconocemos como parte constituyente del capital —es decir de la relación social consistente en la transacción del valor de cambio de nuestra fuerza de trabajo—, la de las formas de dominación social articulada en base a la producción capitalista radica en que tienden a negar (supresión del trabajo vivo) la fuente real de valorización que es el trabajo vivo, capaz de valorizar la tecnología.

El capital, en cuanto relación social, no es una fuerza exterior a nosotros. Lo es tan sólo formalmente; es decir, en las formas sociales de dominación de que se reviste. De ahí que exista la contradicción irresoluble entre la afirmación de las formas de dominación formal (centros de decisión financiero-tecnológico), que exigen la supresión física del potencial conflictivo que comporta la fuerza de trabajo, y la necesidad de incorporar e intensificar la explotación de la fuerza de trabajo, como único medio de garantizar la continuación del proceso de acumulación ampliada de capital.

El límite objetivo del Capital, es la subjetividad sometida bajo la forma de fuerza de trabajo.

Ya sea en la organización fordista clásica o en la actual expresión del fordismo disperso, la realidad es que la contradicción entre capital y trabajo continúa apareciendo con unas connotaciones cada vez más fundamentales, de modo que los límites reales (objetivos) del desarrollo de la acumulación de capital radican en la fuerza de trabajo o, dicho de otro modo, en la existencia humana sometida como fuerza de trabajo. La automatización de la planta industrial pone cada vez en mayor evidencia su dependencia respecto al trabajo vivo y esto es verdad no sólo respecto al conocimiento integrado en el instrumental tecnológico, sino también respecto a las funciones de control, supervisión, mantenimiento y servicios complementarios (que abarcan desde el terciario avanzado hasta el trabajo más desvalorizado del servicio de limpieza), sin cuya intervención coordinada la automatización no es posible.

La gestión de los recursos humanos y la ideología de la empresa

Por abstracta que pueda parecer la anterior reflexión, no deja de encontrar su corroboración en los planos

más concretos de la práctica empresarial cotidiana. Desde Japón a EE.UU. y Europa, una de las principales preocupaciones de las grandes empresas transnacionales es la relativa a la «gestión de los recursos humanos». Es decir, la gestión de la tecnología electrónica exige una estrategia complementaria que pasa por la necesidad de generar un consenso entre los distintos niveles de la jerarquía funcional del trabajo que, evitando que se traduzca en una identidad de clase, como la expresada por las ideologías surgidas con el obrero-masa, haga posible una cierta «cultura de empresa», en donde cada trabajador asuma la consecución de los objetivos fijados desde el centro de decisión tecnológico-financiero. Claro que esto se refiere a las corporaciones industriales hegemónicas, pues en la constelación empresarial que se forma en torno al proceso disperso de producción se yuxtaponen las fórmulas tayloristas y autoritarias junto a las fórmulas de esta nueva cultura que pretende implicar a los trabajadores en la consecución de los objetivos fijados por la dirección (la propuesta del ministro Solchaga con el pacto de competitividad va en este sentido al proponer que la negociación de los aumentos salariales vayan en función de los índices de productividad).

La propia precarización de una parte cada vez más importante de la fuerza de trabajo supone una limitación al consenso. De ahí que la estrategia empresarial se oriente en el sentido de un tratamiento diferencial de cada trabajador, según la importancia relativa que tiene en la cadena logística, determinando una rígida jerarquía salarial y funcional en el seno de la empresa.

En realidad, las nuevas técnicas organizativas del proceso laboral descansan sobre la necesidad de obtener un consenso explícitamente asumido por parte de todos y cada uno de los integrantes de la cadena productiva y distributiva. Si se puede aducir que la búsqueda de consenso ha sido sustancial al sistema capitalista desde sus comienzos (e incluso a todas las formas de poder constituido) en el momento actual, el ritmo vertiginoso del ciclo de negocios y el nivel de desarrollo técnico e histórico de explotación de la fuerza de trabajo que ha conducido a la organización dispersa del proceso productivo, hacen de la obtención del consenso la piedra angular de las formas de socialidad sometidas.

JIT, calidad total, etc., son consignas emanadas desde las más agresivas transnacionales japonesas, que están a la vanguardia tecnológica, pero también ideológica. Hasta ahora estábamos acostumbrados a identificar el desarrollo capitalista con el de la moral protestante. Pero el protestantismo, el culto a la razón gestado en la Ilustración, así como la invención de la individualidad en el sistema democrático occidental, mantienen una escisión entre la libertad individual y

la sumisión funcional al nuevo orden forjado por el proceso organizativo del trabajo. La mediación de las nuevas técnicas organizativas y de gestión de la actividad laboral es cada vez mayor sobre ámbitos hasta ahora consagrados a la esfera individual. La dominación totalizadora del capital se extiende en un doble sentido, cualitativo (sobre la individualidad y sus facultades psíquicas) y cuantitativo (sobre el conjunto de expresiones de la socialidad), de manera que se manifiesta con signos cada vez más perceptiblemente totalitarios.

En la actual fase de dominación capitalista, la subsunción de la esfera ideológica a la materialidad del proceso de acumulación es total. Es lo que los funcionarios ideológicos del sistema denominan «fin de las ideologías». La generación de ideología ya ha dejado de ser formalmente independiente del proceso de producción material. La ideología surge en el proceso mismo de valorización y se concreta en el culto al dinero (como manifestación sociológica generalizada) y a la acumulación privada de riqueza como principio y fin de la existencia. Verdaderamente, el imaginario individual se pertrecha con el principio dinerario: el culto al valor cifrado en la posesión de cosas. Así, el proceso de generación y realización de los valores, o sea, la dinámica de las mercancías, se constituye en el proceso de generación y realización de las formas ideológicas correspondientes al nuevo estado capitalista. La ideología de la «cultura empresarial», pues, constituye la base del consenso que hace posible el cumplimiento de las previsiones productivas.

Las fórmulas para la obtención del consenso son diferentes según se trate de cada uno de los bloques capitalistas. En Europa, el «estado del bienestar», mientras estuvo vigente, cumplió con este papel. Pero en la actual fase recesiva, que apunta precisamente en el sentido de la abolición del estado de bienestar, el mayor dinamismo en la generación de fórmulas de consenso aparecen en el bloque capitalista japonés. De Japón provienen la mayor parte de las tecnologías de gestión y organización del trabajo, en consonancia con su agresiva penetración tecnológica y financiera en Europa y EE.UU.

Las tecnologías de control que se integran en los procesos de automatización para llevar a cabo el control físico de la secuencia productiva exige sus correspondientes técnicas de control interiorizado por parte de los agentes humanos que intervienen a lo largo de la cadena productiva. Se trata, pues, de extender la tecnología del control material de los procesos hacia la técnica de control subjetivo, lo que significa cumplir con el «ideal» absoluto de la automatización: la autorregulación del proceso (entendido en su integral acepción de componentes humanos y tecnológicos).

El nuevo ciclo de luchas del fordismo disperso

Esta búsqueda desesperada del consenso, no obstante, encuentra sus limitaciones en el cumplimiento del imperativo de la optimización o maximización del beneficio. Aunque suene a cosa del pasado, hay que reconocer el modo de producción capitalista, aún con toda su parafernalia electrónica, como una realidad intrínsecamente contradictoria. Así, mientras la creciente complejización de los procesos productivos exigen la sumisión consensuada de todos los puntos de sutura de la cadena logística del valor añadido, el abaratamiento de los costes y la absorción de una parte cada vez mayor del valor añadido lleva a una jerarquización de subcontratación de servicios que hace aparecer una multiplicidad de intereses diferenciados. La huelga de camioneros es paradigmática en este sentido. Las grandes firmas (por ejemplo, el automóvil) se han desprendido de todas aquellas fases del proceso de producción que, por razones técnico-organizativas o estrictamente económicas, pasan a ser desempeñadas por otras empresas subcontratadas. De este modo, al tiempo que centra su actividad en las fases de la cadena logística con mayor valor añadido, ejerce una dictadura de corte monopolista sobre las tarifas (de transporte), por ejemplo. Sin embargo, esa misma gran empresa se encuentra en una estrecha dependencia desde el punto de vista logístico respecto de las subcontratadas (camioneros o proveedores de componentes, por ejemplo). Con ello, se abre una fisura de conflictividad potencial entre los intereses encontrados, que es lo que ha dado lugar a la huelga de octubre.

Pero lo que fue un conflicto de intereses entre dos formas del capital puso de manifiesto, igualmente, las debilidades y las potencialidades de la conflictividad existentes en el modelo imperante de fordismo disperso. Asistimos en los últimos años a una multiplicidad de conflictos fuertemente localizados en segmentos de la cadena productiva y los servicios complementarios que inducen a pensar en meras formas «corporativas» (maquinistas de Renfe, controladores aéreos, trabajadores de la limpieza, autobuses, sanidad, etc., sólo por referirnos al caso español). En ellos, aparece a primera vista un fuerte contenido categorial o corporativo, con reivindicaciones específicamente ligadas a la categoría profesional de los trabajadores dentro de la nueva jerarquía industrial.

Estas luchas que cuestionan los sindicatos tradicionales en su expresión formal (comités de base), si bien sus planteamientos continúan inscritos dentro del marco reivindicativo tradicionalmente sindicalista, son expresión de las formas de solidaridad correspondientes a la fase del fordismo disperso, del mismo modo que las acciones de masas fueron las expresiones del obrero-masa surgido de la estrategia fordista clásica

que se caracterizó por las fuertes concentraciones industriales de fuerza de trabajo. Criticar su carácter sectorial o focal es, simplemente, inútil. O una consecuencia más de nuestra fijación en formas ideológicas que dieron lugar a los «grandes proyectos» de emancipación proletaria, más propias de un comunismo reminiscente que de una afirmación crítica radical ante la nueva realidad. La solidaridad real, la socialidad posible es la que se da en el proceso de lucha y de resistencia contra el proceso de reproducción social de las relaciones capitalistas. A la organización atomizada del proceso de trabajo, se corresponden formas atomizadas de solidaridad y resistencia. Precisamente, la capacidad de control global del proceso radica en la gestión técnico-científica de cada uno de los nudos de la cadena social productiva, privilegiando los componentes integrantes de los mismos sobre los excluidos (viejos, jóvenes, mujeres, enfermos, etc.) y estableciendo una jerarquización de privilegios dentro de las distintas categorías industriales, en virtud de su importancia relativa en la realización del proceso; es decir, según su contribución a la cadena logística del valor añadido.

La disgregación de las formas de socialidad y resistencia del obrero-masa supone, en realidad, un proceso de adecuación de las formas de resistencia proletaria a las nuevas condiciones de explotación de la fuerza de trabajo. Es el fin de la concepción teleológica que inducía la necesidad objetiva del comunismo y de la concepción reminiscente (anclada en la recuperación de formas de comunidad precedente) en que hasta ahora se había inspirado el movimiento de oposición al sistema asalariado. De hecho, con la implantación del fordismo ya se inicia el abandono de la perspectiva de «ir mas allá» del capital para adecuarse a «vivir en el capital». De ahí que la ausencia de proyecto y la incidencia en la inmediatez que caracteriza el nuevo ciclo de luchas proletarias remita, en último término, a la ausencia de proyecto mismo por parte del capital en su fase de dominación total, en que el proceso de acumulación se resuelve en la tendencia cero; es decir, la reducción a cero del tiempo de rotación del capital, que niega en la práctica concreta de la acumulación, su capacidad de generación cíclica de tiempo administrado. De ahí que el ideal de progreso que constituía el proyecto (burgués) del capitalismo ascendente, ligado a un ciclo de negocios que comportaba una apuesta —y un riesgo— de futuro se haya transmutado en la actualidad en un ciclo de negocios que persigue el resultado (aumento de la masa de capital) de forma instantánea, que no contempla perspectiva alguna de proyección en el futuro. En realidad, el futuro sólo queda en el discurso dominante como una categoría espectacular residual (futurismo) propia de un modelo de civilización que se abisma en sí mismo.

La disgregación desestabilizadora

La disgregación de las expresiones formales de la resistencia representan, de hecho, la disgregación posible de las formas de organización del proceso productivo imperante. A la realidad fenomenológica del capital como realidad totalizadora del mundo —que se lleva a efecto como dominación extensiva (mercado mundial) e intensiva (sobre las potencialidades de la subjetividad)— se corresponde la realidad estructural de su organización dispersa.

Como en todas las formas de civilización totalitarias en que la fase de dominación total coincide con el surgimiento de fuerzas centrífugas que amenazan el conjunto desde el interior, el modelo de civilización basado en la acumulación de capital experimenta una contradicción similar, si bien redimensionada en lo que se refiere a la realización concreta, histórica de su dominación. Es decir, la realización total del Capital —o del mundo sometido al capital— es también la realización de sus límites totalizadores. Si a la mundialización de las formas culturales se corresponden las formas de disgregación particularizadoras (nacionales o identidades generadas en el seno del modelo capitalista), a la realización totalitaria del proceso productivo capitalista se corresponden las expresiones de disgregación que aparecen en las formas concretas de la explotación de la fuerza de trabajo.

La dominación total del Capital se verifica como mera unificación abstracta del mundo en torno a la mercancía y el dinero. Pero la unificación en torno a estas categorías abstractas (las mercancías son valor, tienen un valor) implica de hecho una disgregación de la socialidad sometida, precisamente porque el acceso a la mercancía (y al poder adquisitivo) está cada vez más marcado según la posición que se tenga dentro de la cadena logística del valor añadido, que será quien confiera una posición más o menos ventajosa a la hora de establecer la negociación dentro de las relaciones transaccionales en que se resuelve la relación social que denominamos capital. Precisamente, porque la socialidad actual tiene lugar en la concreción de la inmediatez (consumo privado de cosas) es por lo que no cabe ningún proyecto social «dentro» de las coordenadas delimitadas por las formas mercantiles de socialidad que adoptan las relaciones capitalistas.

La manifestación de esta crisis de socialidad se hace patente en el propio centro capitalista. La aparición del cuarto mundo en los países «ricos», la teoría de los tres tercios thatcheriana, el deterioro de las condiciones de vida en las metrópolis y la extensión de formas patológicas inducidas por la propia acumulación de capital que van desde la contaminación hasta la drogadicción, las bolsas de marginación, etc., se nutren precisamente de aquellos elementos que resultan excedentarios en la cadena logística.

La unificación represiva del mundo sometido al Capital

El equilibrio inestable en que se mantiene el proceso de reproducción en los países capitalistas y su reconocimiento implícito por parte de la tecnocracia dominante es lo que ha impulsado la implantación generalizada del sistema de chantaje industrial que representa la precarización de las condiciones laborales (además de obedecer a otras razones de intensificación en la explotación de la fuerza de trabajo) y la represión directa cuando el conflicto se hace manifiesto.

Pero la precarización que acompaña el fordismo disperso supone un límite potencial al consenso. La inestabilidad laboral genera desafección y dificulta la generación de un «espíritu de empresa» (incesantemente predicado por los nuevos teóricos de las relaciones laborales). La estrategia de gestión diferenciada, que privilegia y recompensa de forma planificada a cada una de las diversas categorías de la jerarquía industrial, tiende a precarizar precisamente los eslabones que contribuyen con menor aportación a la cadena de valor añadido, según la concepción de la economía política actualmente dominante.

Este es el único éxito atribuible a las modernas técnicas de gestión y no la resolución de la contradicción existente entre el capital y la fuerza de trabajo. Pero incluso este éxito tiene sus limitaciones en la creciente necesidad de valorizar todas las fases de la cadena productiva, siguiendo los criterios de la maximización de beneficio (plusvalía), aplicados sobre cada uno de los elementos constituyentes de la cadena productiva. Es decir, las estrategias de gestión diferenciada de los recursos humanos hasta ahora han conseguido evitar la consolidación intercategorial de un sujeto políticamente activo, pero no han conseguido poner en pie la configuración del proceso de reproducción capitalista como una totalidad extendida sobre el territorio y las facultades de los individuos en que todas y cada una de las partes integrantes son funcionalmente determinantes del resultado final. Así, por ejemplo, la huelga de los trabajadores de limpieza del aeropuerto de Madrid ocasionó el caos y la amenaza de cancelación de los vuelos.

Precisamente porque la precarización de la fuerza de trabajo denota la precariedad misma de un sistema productivo en equilibrio inestable, es por lo que la gestión del consenso se complementa con la implantación de mecanismos abiertamente represivos. La politización de la vida cotidiana (policías por todas partes), la restricción de los llamados derechos democráticos (de huelga, de opinión), la criminalización de las minorías insurgentes o que se hacen exponentes de cualquier forma de disenso, la afirmación puramente propagandística y fetichizada de la democracia en un momento en que la escisión entre política ofi-

cial y realidad de la práctica social cotidiana se va profundizando, hace que las libertades democráticas aparezcan como una simple categoría propagandística en un contexto de gestión tecnocrático de la vida pública sometida al capital, que reviste un carácter práctico cada vez más totalitario.

La legitimación democrática ya no se corresponde con la realidad de un mundo cuya disgregación funcional y productiva hace posible que la práctica de un grupo social con una posición estratégica en la cadena logística del valor añadido (ya sea el del poder financiero o el de cualquier otro segmento social) pueda colapsar el proceso de reproducción social, a través de la incidencia en un segmento o punto cualquiera del proceso.

La polarización formal en que aparece constituida la relación capital/trabajo, por un lado ha elevado el nivel de concentración de capital de modo que la toma de decisiones se lleva a cabo de una manera totalmente autonomizada respecto a cualquier instancia o mediación democrática y, por otro lado, la disgregación real del proceso de producción sometido a las leyes de la acumulación hace totalmente banal la referencia democrática. La mayoría sólo es el espejismo para legitimar la decisión unilateral de los gestores capitalistas sobre la totalidad. De hecho, las condiciones materiales en que se fundamenta la socialidad actual hace irrelevante cualquier enunciado democrático, que ya sólo es una rémora, un prejuicio político del pasado. De ahí, también, que las expresiones de acción democrática inscritas en el universo de la ficción mayoritaria al estilo del 14-D y la Campaña Anti-Otan, o contra la guerra en el Golfo pérsico, en la medida que se ubicaron en el espacio periférico de la cadena

reproductiva (en el caso del 14-D, dosificando su eficacia para que no quedase interrumpida) y deliberadamente adscritas a las formas de proceder del obrero-masa, se resolvieron en un mero ritual testimonial abocado a la frustración y al fracaso (eso en el caso de que tuvieran algún objetivo a conseguir).

Una organización que hace de la afirmación en la inmediatez (reivindicación) el cuestionamiento de la totalidad que compone la cadena logística y el proceso de reproducción social (de ahí también que en los conflictos que tienen lugar en los centros neurálgicos -como el del transporte en París- los esfuerzos del aparato de propaganda del Estado y de los medios de comunicación se oriente en el sentido de movilizar al resto de la masa ciudadana contra la minoría «antisocial»).

A tenor de lo vivido, los conflictos ni son acumulativos, ni se orientan en un horizonte imaginario de emancipación: se resuelven en actos puntuales de resistencia; hacia una verdadera lucha social de guerrillas. Pero son actos fundamentalmente radicales, porque cada vez más evidentemente nuestra existencia se define como fuente de valorización de un mundo en que el capital se constituye como relación social intrínsecamente conflictiva. No hay opciones reales fuera del espacio que determina la relación social del capital; una relación social, no obstante, que nos constituye en la conflictividad. Afirmarse en la conflictividad y renunciar conscientemente a la esperanza quizás sea la última opción existencial para quienes, reducida nuestra condición a la de ser fuerza de trabajo, definitivamente ya no tenemos nada que perder, ni siquiera las ilusiones.

Etcétera

Hemos recibido...

LES ENJEUX DE LA GUERRE DU GOLFE. Guy Sabatier. Mars 1991.

Hemos recibido este texto en francés de 10 páginas y que como siempre nos podéis pedir.

Empieza el texto remarcando el aspecto mediático de la guerra, desenmascarando el cinismo del discurso de los media que utilizan distintos baremos cuando se trata de hablar de Rumanía, de Panamá o de los países del Este, para fijar a continuación el punto de vista crítico de la actual sociedad capitalista, sistema de explotación sinónimo de catástrofe para la humanidad ya que «no pudiendo resolver ninguno de los problemas esenciales que se ponen a la especie humana este fin de si-

glo no puede sino agravar las condiciones de existencia sobre el conjunto del planeta».

El texto pasa a analizar a continuación los envites de la guerra para el capital y para el proletariado. Empieza por un relato breve de la historia del Medio Oriente, desde la creación del Estado de Israel, la subida del imperio Americano y (Suez/crisis petróleo 73) caída del sha de Irán y subida del fundamentalismo musulmán con Jomeini, creación del partido Baas y apoyo a Sadam Hussein para taponar la amenaza chiíta (guerra Irán-Irak) hasta la invasión de Kuwait por Irak y la imposición de Bush o de la pax Americana; para situar el escenario posible:

«Después de utilizar el alza del precio del petróleo durante los años 70/80 para hacer soportar a Europa y Japón los mayores efectos de la crisis, el imperialismo americano necesita ahora controlar directamente las fuentes de energía de las que dependen sus aliados pero ahora... ¡concurrentes! Es un signo manifiesto de su considerable debilitamiento en el plan económico. Ante la creciente competitividad de los productos europeos (particularmente alemanes) sobre todos los mercados (comprendido el Este), sometido a la creciente penetración de las mercancías y de las firmas niponas que conquistan sectores enteros de su aparato productivo, los Estados Unidos llegan con dificultad a hacer financiar su déficit comercial (siempre en aumento) gracias a sus habituales manipulaciones monetarias basadas en la referencia obligada al dólar como moneda patrón»

«He aquí sin duda el escenario bien posible de reestructuración que va a jugarse detrás del conflicto actual y de sus consecuencias. La guerra del Golfo participa pues de una nueva etapa en el desmoronamiento de los bloques. Paradójicamente los EE.UU. aparecen como un coloso cuyo sofisticado armamento no tiene rival pero que, de hecho, tiene los pies de barro ya que no puede utilizar más su propia carta de crédito. Entendiendo que como en el caso de la URSS desmoronamiento no significa hundimiento: Bush, Gorbachov o sus sucesores poseen aún un cierto margen de manobra fundado sobre las relaciones de fuerza y se agarrarán a estas ventajas hasta el final. Se opondrán por todos los medios a aquellos que quieran ocupar su sitio, es decir transformar, a su vez, su fuerza económica en fuerza político-militar. En la historia del capitalismo la constitución de grandes imperios (a imagen de los modos de producción precedente: esclavismo, feudalismo) es una tendencia que acaba por imponerse —sobre todo en período de decadencia— sobre un funcionamiento puramente libre-cambista que no tiene en cuenta la realidad estratégica. El mundo pues lleva en sus entrañas una potencial tercera guerra mundial —o al menos un nuevo conflicto mucho más grave— que se incuba desde ahora en el Golfo Pérsico, en los confines del Tigris y del Eufrates y en torno al Mediterráneo, ya que la paz que actualmente emerge será muy precaria. No reposando más que sobre un *statu quo* extremadamente frágil que, minado por una exacerbación inevitable de la crisis explotará tarde o temprano bajo la presión de nuevas alianzas regionales y de nuevos bloques constituidos a escala internacional. La «bella» unanimidad de fachada de una coalición que reagrupaba al perro y al gato tras el elefante americano se volatilizará y los horrores que vendrán (por ejemplo el uso «táctico» del arma nuclear) corren el riesgo de ser todavía peores que los bombardeos «quirúrgicos» de Bagdad y la carnicería de Basora durante el repliegue de las tropas irakíes después de su evacuación de Kuwait».

Respecto a los envites de la guerra para el proletariado, el autor constatando a la vez la debilidad del capital (crisis económica que no deja de crecer desde hace 20 años) y la del proletariado (que ha permitido el desarrollo de esta guerra). Para explicar la actual situación del proletariado pasa a analizar los factores principales que cree lo determinan: las nuevas tecnologías y su impacto en la composición de clases y el paro masivo.

«Para esperar que el proletariado pueda empalmar de nuevo no sólo con su combatividad sino sobre todo con la perspectiva de una revolución comunista —única posibilidad para impedir la caída en la barbarie de una tercera guerra mundial—, se trata en adelante de analizar las modificaciones sociales en curso en el seno del modo de producción».

Acaba el texto con unas consideraciones sobre los envites de esta guerra para los revolucionarios.

ESSAI SUR LA GUERRE DU GOLFE. D. Saint-James, printemps 1991.

Este largo texto (43 páginas) empieza por una cuestión penetrante: ¿es la guerra sólo la continuación de la economía o de la lucha de clases por otros medios? Ciertamente esta aseveración recoge parte de verdad según el autor, para el pasado, en las guerras de la época del capital, aunque discuta cierto simplismo de las explicaciones marxistas sobre la guerra (salir de la crisis; canalización de la lucha de clases). Ciertamente, el capital para acumular debe entrar en los mercados y no pudiendo hacerlo por medios «pacíficos», recurre a la guerra.

El texto hace un largo recorrido sobre el Islám desde sus orígenes, S.VII; durante las dos primeras guerras mundiales; toda la historia de la descolonización, industrialización y modernización de la cultura en estas sociedades: para concluir provisionalmente con las razones del fracaso del nacionalismo árabe en el Próximo y Medio Oriente. Como balance final traza unas perspectivas que a continuación anotamos:

«El capital americano parece estar en buena posición. Ha demostrado que él estaba ahí y bien dispuesto para desempeñar su papel de única potencia dominante. Podemos ponernos la cuestión: ¿Conservará esta posición dominante, será capaz de gestionar a largo término lo que ahora domina? ¿encontrará, como predice un libro de Gabriel Kolko los límites del poder? Esta cuestión es vana ya que no hace sino especular sobre las relaciones de fuerza entre potencias capitalistas y más particularmente entre los capitalismo japonés, alemán y americano. Pero hoy, los intereses capitalistas están extremadamente interconectados, por más que sea difícil saber donde están los verdaderos dueños en tal o cual compañía, y esto es cierto para el conjunto de las grandes potencias industriales. Un capital puede esconder otro. Sólo el futuro nos dirá lo que hay de esto. En todo caso, una cosa es cierta: el capital americano, admitien-

do que pueda ser separado de los otros intereses capitalistas mundiales, no tendrá que preocuparse por los que habían sido presentados como sus enemigos mortales y más peligrosos: la URSS y el tercer mundo en general.

La demostración de fuerza militar que el presidente americano acaba de realizar puede ser contemplada desde otros aspectos de los que he señalado. Puede considerarse como una advertencia a estas potencias intermedias como la India, Pakistán o Argentina, tengan o no armas atómicas: el poder americano va a impedir cualquier tontería. El dueño de Duguesclin queriendo prohibir la ballesta se hace aquí realidad.

Pero esta demostración puede considerarse como destinada a mostrar a los otros socios capitalistas que el que lleva el juego es todavía al capital americano. Igual que lo demuestra con la manipulación más o menos voluntaria del curso del dólar, puede hacerla por la manipulación de sus fuerzas militares. Lo importante en todo esto es que en tanto que el sistema continúa siendo lo que es, es decir en cuanto no experimente una crisis mayor, la relación de fuerza continúa siendo la misma y al final los acontecimientos siguen a favor del más fuerte.

El s. XIX contempló la dominación de Inglaterra en una ausencia casi total de contemplación. El nacimiento de ésta, procedente de Alemania ha tardado 40 años en hacerse sentir. El desarrollo capitalista europeo se hizo en un estado de paz relativo. La guerra se transportó a las colonias para no regresar al suelo europeo hasta mucho más tarde, y con qué violencia, para traducirse en el triunfo del capital americano.

Hasta hoy el espectro de una guerra entre potencias desarrolladas se ha disuelto en el equilibrio del terror. El autor introduce ahora en su análisis los últimos cambios habidos en el Este analizando las dificultades de su paso desde un capitalismo de Estado hacia un capitalismo mixto. Señala a este respecto que puede ser decisivo lo que pase en Alemania del Este: si el capital alemán fracasa, todo el desarrollo de la Europa del Este y a fortiori de Rusia, recibirá un frenazo fatal. Entonces el papel de policía internacional de USA tendrá aún un largo porvenir. Acaba el balance con el siguiente párrafo:

«El Pentágono también ha sentido silbar las balas. Si la tensión internacional entre los dos grandes disminuye, el mantenimiento de los gigantescos gastos militares será difícil de justificar.

Entonces si se efectúa una cierta reconversión del complejo militar industrial, los militares de alto grado se encontrarán en paro. Parece evidente que ellos tienen interés en demostrar que siguen siendo indispensables. La guerra del Golfo ha sido para ellos una operación publicitaria. Han intentado probar que en la nueva situación internacional es preciso desarrollar los armamentos «convencionales». Pero esto no será suficiente

para mantenerles en posición de fuerza si el sistema va cada vez más hacia lo que es conforme a su propia lógica: los intercambios internacionales en los mercados, regulados por otra parte por intervenciones estatales. Estas perspectivas no son muy entusiasmadoras para aquellos que quisieran desembarazarse de un sistema indefendible. Para remontarnos la moral conviene ahora examinar el efecto de esta guerra sobre las poblaciones de los países avanzados. Como de ordinario, vamos a constatar que son contradictorios.»

KRITIK DES LENINSCHEN BOLSCHEWISMUS. Cajo Brendel.

En este folleto el autor se dedica a analizar de manera clara y bien estructurada algunos elementos de la teoría política y «revolucionaria» de Lenin. Brendel no pretende emprender el enésimo intento de refutar a Lenin alegando citas de Marx y Engels, sino que en su análisis, que se basa principalmente en los textos *¿Qué hacer y El izquierdismo, la enfermedad infantil del comunismo*, expone la lógica inherente a la doctrina leninista. Así que en la primera parte del folleto comprueba fehacientemente que la concepción de la revolución de Lenin era una concepción básicamente burguesa. Es decir, Lenin pretendía una revolución política en la que no tenía cabida la abolición del Estado como fruto de la lucha revolucionaria de las masas, sino que pretendía usurpar el Estado y sus aparatos por un partido que lideraría a las masas inconscientes. Es una concepción que se explica en gran medida por la situación económica y social de la Rusia de entonces.

Estos planteamientos ya de por sí problemáticos se agravan con el afán de extrapolar la experiencia rusa a la izquierda occidental que por las propias condiciones económicas, políticas y sociales del Occidente se encontraban en una situación bien distinta, y en alguna manera mucho más avanzada. Analizando el texto *El izquierdismo...* Brendel demuestra la incapacidad de Lenin para entender los problemas reales de la izquierda occidental de entonces, su concepción idealista de la lucha parlamentaria y sindical y la constante aplicación de la experiencia rusa (es decir de un estado todavía agrícola) a problemas sociales que en definitiva no podía entender. Brendel nos muestra, muy bien documentado, un político burgués (sin burguesía) que atrapado en conceptos decimonónicos no concibe unas luchas sociales concienciadas, que opta por el golpe de Estado y contra las luchas de masas, que lleva lo político al cielo para hundir lo social que, en definitiva, se encarga de llevar a cabo una revolución burguesa. En el estudio de Brendel se perfilan los estragos que la prepotencia de la concepción leninista producía en una izquierda occidental que entonces estuvo luchando para abrirse camino hacia una revolución social, puesto que la versión política ya se había llevado a cabo a mediados del siglo pasado. ♦

Correspondencia

Desde ALEMANIA

La guerra parece haber terminado pero en realidad ahora está empezando de lleno.

Creo que la confrontación militar con Irak era solamente una prueba para la guerra que se avecina y que será bastante peor que esta última.

Preguntáis que como ha cambiado la vida diaria en la RFA a causa de la guerra. Os envío estas notas para responder desde esta vieja y nueva ciudad «fronteriza», Berlín.

A espaldas de la guerra se está preparando aquí, en los nuevos Estados Federales (Länder) de la antigua RDA, una catástrofe social que solamente podría compararse con el colapso de la vida social que se produjo en la época de «Weimar».

La guerra y las discusiones sobre su financiación han dejado claro que el Estado ya no tiene dinero para seguir financiando en el futuro la ilusión de que a través de la «reunificación» también sería posible a corto plazo alcanzar un nivel de vida occidental para la población de la antigua RDA.

Oficialmente se calcula que en otoño de 1991 habrá ya un 50% de paro en la ex-RDA y en Berlín un 30%. Todo el aparato administrativo (oficinas de Empleo, de la Seguridad Social, de Sanidad, Administración y Justicia) está a punto de hundirse. Algunos alcaldes ya han cerrado sus oficinas locales; ciudades como Leipzig y Dresden solo pueden pagar a sus empleados a través de créditos de Occidente... Los alquileres se multiplican por tres, por seis, y en las ciudades hasta por veinte.

No hay soluciones: el campo de maniobra político del Estado está increíblemente limitado por su bancarrota.

El Capital no tiene ningún interés en invertir en estos «länder», sólo existe un interés parcial por la mano de obra que puede ser un 50% más barata que en Occidente. Mientras tanto el mercado para productos agrícolas y manufacturados de la RDA se ha colapsado totalmente, o mismo ha ocurrido con el mercado del Este (COMECOM) para la exportación los USA.

Este colapso de la organización social viene acompañado por el hundimiento individual: una cuota de suicidios 20 veces más alta que antes, el fracaso creciente de los matrimonios y de las viejas «comunidades de solidaridad» (ayuda vecinal), el aislamiento extremo y la competencia ocasionada por la presión del paro y por supuesto también por la adaptación al nuevo mercado... ¡y ninguna tendencia a la autoorganización!

La vida pública está dominada desde la guerra por las noticias diarias en los medios de comunicación sobre cierres de fábricas, colectivos agrícolas (LPG), tiendas, parvularios, hospitales, por los nuevos decretos de emergencia para organizar la vida pública y por las huelgas intermitentes y manifestaciones de masas organizadas por los sindicatos occidentales.

Se buscan culpables, y se les encuentra según la convicción política. Parece como si los ex-estalinistas estuvieran trabajando desde sus viejas y nuevas (escondidas) posiciones de poder para agudizar la crisis provocando situaciones artificiales de desabastecimiento.

Creo que están intentando aliarse con la (extrema) derecha en caso de que ésta tenga más influencia (de momento la derecha organizada todavía es débil) para recuperar el poder.

No percibo ninguna tendencia emancipadora en las demandas a «más inversiones, más puestos de trabajo, no reducción de los gastos sociales, etc.» articuladas por las personas que se manifiestan en la calle y que se sienten engañadas por los partidos políticos del Parlamento Federal.

Existe una disposición a acciones auténticas y militantes que no obstante no se articula en una autoorganización por fábricas o bloques de barrio, o en proyectos de «autoayuda», sino que puede ser canalizada todavía por los sindicatos.

Al lado de un creciente proceso embrutecedor de la vida diaria y de agresiones de grupos de la derecha se hace notar cada vez más una sensación en la sociedad «a favor de un Estado fuerte, que esté en contra de todos los partidos y sindicatos, que por fin tome medidas duras.»

Günter, 27 marzo 1991.

Desde USA

El tema de la guerra en el Golfo lo voy a tratar sobre las discusiones que se han presentado en la sociedad americana, capitalismo en general y alguna civilización industrial moderna. Esta discusión ha sido posible ya que muchas personas que antes nunca habían tomado una postura crítica, han cambiado a una clara oposición a la guerra. Pero la mano muerta de los burócratas de la izquierda se mantiene evidente.

Desgraciadamente un gran arreglo de las actividades organizadas anti-guerra ha sido dominada por la corriente principal, izquierda-liberal convencional y activistas políticos

autoritarios y burocráticos. Algunos de ellos enamoradísimos con los negocios modernos y técnicas políticas que han sido aplicadas al movimiento de oposición a la guerra. Algunos de estos izquierdistas han practicado una oposición a la política norteamericana en Centro-américa como El Salvador, Nicaragua, etc... Han enlazado sus experiencias con una venganza con el nuevo movimiento, pidiendo un compromiso con el statu-quo ideológico y llevando la protesta entre el contexto de la obediencia pacífica a las autoridades así como el ganar su respeto. Varios slogans como: «Trabajando a través del sistema» nos dan idea del juego. Nos dicen ellos que debemos presionar a los delegados del gobierno, ubicados en Washington, debemos elegir mejores representantes en las próximas elecciones, que no serán hasta el noviembre del 92, en el que sabemos que está abierto a todo tipo de medias y otras manipulaciones políticas.

Ellos incitan a que «demos soporte a nuestras tropas», no ofender criticando el trabajo que ellos han hecho, debemos expresar patriotismo, dicen, en lugar de estar criticando la política gubernamental. Debemos probar que merecemos ser escuchados, para obedecer las reglas de la ley y el orden respetando la política. Por extraño que os pueda parecer esto ahora en Europa, la tradición del partido comunista no ha sido totalmente desacreditada por toda la izquierda de EE.UU. El desdoblamiento en América entre los dirigentes y el statu-quo de las instituciones, ha ido muy bondo... Un número de políticos locales en varias ciudades y barrios tiene una postura contraria a la guerra del Golfo. El City Council y la mayoría de Seattle, están a favor de las sanciones y negociaciones y contrarios a la intervención militar. La policía de la ciudad estuvo instruida y preparada para tratar con consideración las muestras de protesta. Esto significa básicamente que aquellos que escogieron sentarse o tumbarse en el camino de ir al trabajo los funcionarios del gobierno local, haciendo mítines pacifistas o intentando bloquear el tráfico, fueron tratados con respeto.

Algunos izquierdistas y liberales estaban muy entusiasmados con esta colaboración y consideración. Este benévolo comportamiento de la policía ha ocurrido también en otros lugares de USA; pero en la mayoría de lugares, la policía ha utilizado su brutal forma de represión.

Aquí en Seattle, aquellos que hicieron una protesta no autorizada, con el intento de bloquear las importantes calles, fueron tratados con mucha dureza.

Por otro lado la administración Bush y los media han bombardeado intentando convencer a la población de que no ha habido ninguna oposición. Las estadísticas recogidas en las que dicen que entre un 75% a un 95% está conforme con la administración Bush, hay varias razones para dudar de la precisión de este sondeo, ya que la oposición a la guerra es bastante substancial. Pero en esta crisis, gente que se define como conservadora también se ha opuesto a la guerra. También están los religiosos tanto católicos como protestantes. Incluso también en la comunidad judía hay gente opuesta a la guerra. Realmente no conocemos la proporción, aunque parece que la parte oeste del país es la que está más en oposición a la guerra. Es llamativo observar las varias miles de cartas y llamadas telefónicas recibidas por los representantes del Congreso, con una clara oposición a la guerra....

Aunque varios políticos han argumentado que la guerra del Golfo beneficiaría económicamente a los EE.UU. como ya ocurrió en la primera y segunda guerra mundial, en ésta sin embargo el efecto no ha sido el mismo. Los déficits acumulados como consecuencia de la participación en la pasada guerra del Vietnam ha llevado a la reducción de las ayudas sociales que había hasta entonces, como la sanidad, la escuela, asistencia al paro, ayuda a las madres jóvenes, y a la gente mayor. Además el Gobierno ha rebajado los presupuestos de obras públicas sobre todo en las décadas de los 70 y 80.

Ahora después de la guerra no se ha visto una aceleración de la economía. Al contrario, el número de trabajadores no ha aumentado. Quizás varios empresarios han conseguido buenos contratos en la reconstrucción de Kuwait, pero estos trabajos son efectuados por trabajadores del Medio Oriente y Asia, con un sueldo mucho más bajo.

Por lo tanto la guerra del Golfo no ha beneficiado los profundos problemas económicos que ya existían, la banca, las finanzas, los seguros, la construcción, los inmuebles están en crisis. El paro aumenta, se compra menos. Los problemas seguirán igual, seguramente peor.

Robby, Seattle.

